

SERVICIO SECRETO

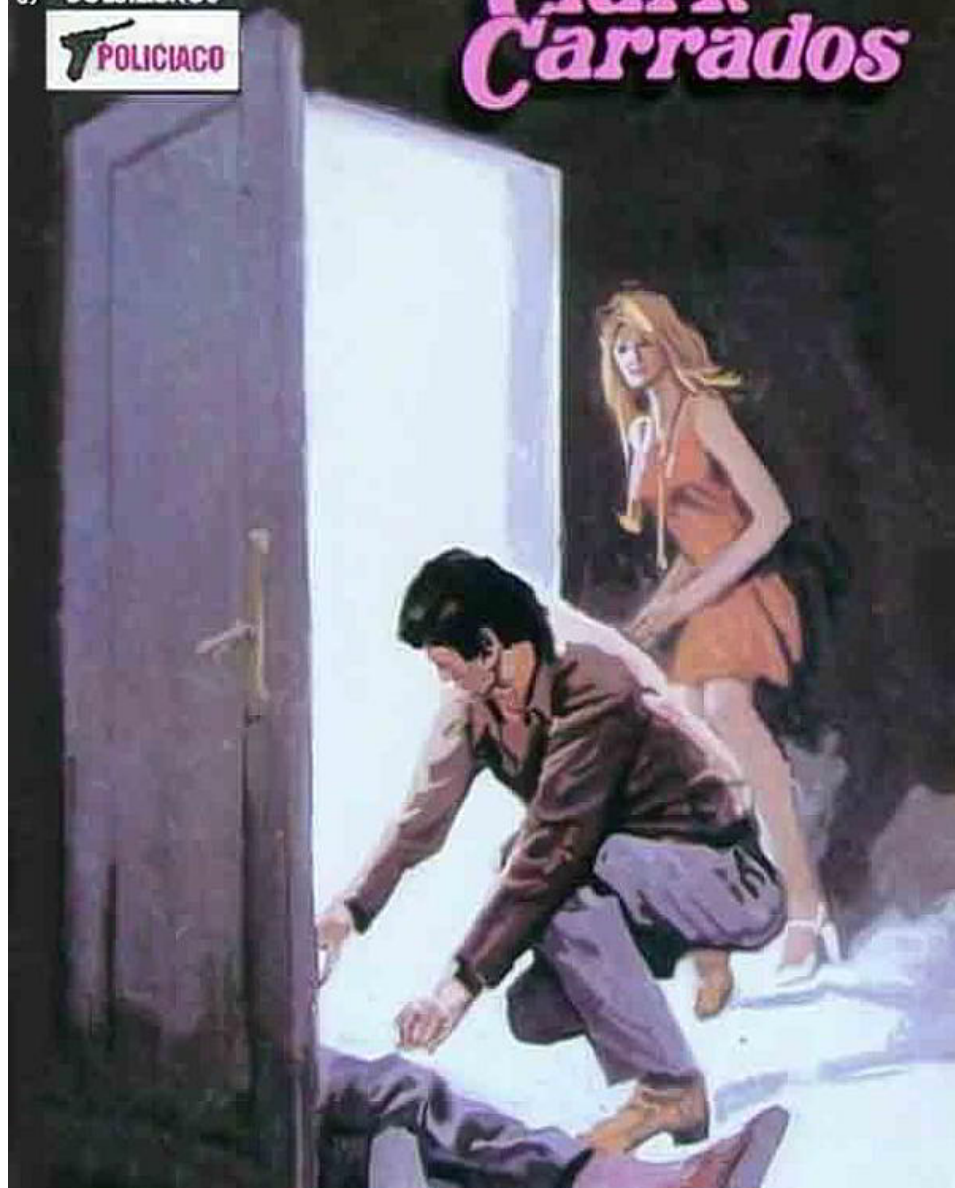
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**ROBIN FARR,
BANDIDO GENEROSO**

***Clark
Carrados***



El caballero que entró aquella mañana en la sucursal del First Commercial & Trust

Bank era un joven de no más de treinta años, que vestía atildadamente, elegante y discreto; la solapa de su chaqueta ostentaba un fragante clavel blanco. Llevaba en la mano un portafolios de piel de cocodrilo y todo en él respiraba distinción y confianza. Al llegar a la ventanilla de pagos, extrajo un cheque de su billetera y lo depositó delante del relativamente asombrado cajero.

—En efectivo, por favor —pidió con gran cortesía.

El cajero leyó la cifra escrita en el cheque y dio un respingo. Volvió a respingar al leer la firma que avalaba el pago de ciento cuarenta y seis mil trescientos setenta y cuatro dólares con cincuenta centavos.



Clark Carrados

Robin Farr, bandido generoso

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1775

ePub r1.0

Lds 12.03.19

Título original: *Robin Farr, bandido generoso*

Clark Carrados, 1984

Cubierta: Lozano

ePub modelo

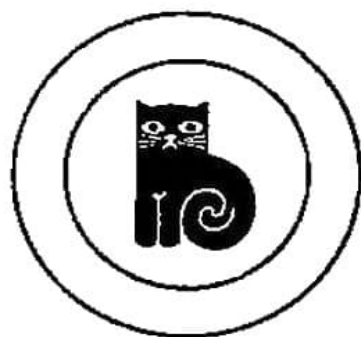
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El caballero que entró aquella mañana en la sucursal del First Commercial & Trust

Bank era un joven de no más de treinta años, que vestía atildadamente, elegante y discreto; la solapa de su chaqueta ostentaba un fragante clavel blanco. Llevaba en la mano un portafolios de piel de cocodrilo y todo en él respiraba distinción y confianza. Al llegar a la ventanilla de pagos, extrajo un cheque de su billetera y lo depositó delante del relativamente asombrado cajero.

—En efectivo, por favor —pidió con gran cortesía.

El cajero leyó la cifra escrita en el cheque y dio un respingo. Volvió a respingar al leer la firma que avalaba el pago de ciento cuarenta y seis mil trescientos setenta y cuatro dólares con cincuenta centavos.

Durante unos segundos, el cajero permaneció irresoluto. Luego, dijo.

—Perdone, señor, pero tengo que consultar con el director... Un cheque como éste no es muy corriente, sobre todo, tratándose del dador...

—Muy bien, haga como mejor le plazca, amigo mío —respondió el caballero.

El cajero fue a ver al director. Éste no se asombró menos, pero antes de dar un solo paso, quiso ver al hombre que había entregado el cheque.

—Perdone, señor, pero aunque la persona que ha firmado el cheque es un notable cliente de nuestro banco, querríamos realizar alguna gestión que nos garantizase la legitimidad de la firma. Comprenderá usted nuestra posición...

El joven sonrió benevolente.

—Lo encuentro lógico —aprobó—. Supongo que querrá telefonar al señor Rogers que es quien ha firmado este cheque, en pago de una deuda que tenía con... con mi empresa. —Sí, así es. Con su permiso, caballero.

—Mi nombre es Farr, Robin Farr —declaró el joven—. Menciónesele al señor Rogers, se lo ruego.

El director asintió y se retiró a su despacho. Abrió una agenda, buscó un número de teléfono y marcó luego las cifras correspondientes.

A los pocos momentos, percibió la voz de una mujer:

—Secretaría del señor Kerwell P. Rogers. Diga, por favor.

—Señorita, soy el director de la sucursal del First

Commercial & Trust

Bank, de la calle Veinte. ¿Puedo hablar con el señor Rogers? Es urgente.

—Un momento, por favor. Veré si el señor Rogers puede atenderle.

El director aguardó. A los treinta segundos, oyó una voz masculina.

—Rogers —anunciaba—. ¿Qué demonios pasa ahí, Barclay? ¿Por qué me molesta a estas horas?

—Disculpe, señor. Se ha presentado un caballero, con un cheque firmado por usted, cuyo importe es de ciento cuarenta y seis mil trescientos setenta y cuatro dólares con cincuenta centavos. Se llama Farr, y pide se le entregue dicha suma en efectivo...

—¡Como si pide que se lo paguen en monedas de diez centavos! —bramó Rogers—. ¿No figura mi firma al pie de ese cheque? Pues entonces, pague y no se preocupe de más... A menos que hoy mismo quiera inscribirse en una oficina de empleo; ¿me ha entendido?

—Sí, sí, señor... —contestó el director del banco—. Ahora mismo atenderemos ese cheque, señor Rogers.

—Espero que lo haga como es debido. El señor Farr es amigo mío y no me gustaría recibir una queja de su parte, por el trato que le han dado ustedes. Eso es todo. ¡Adiós!

El director oyó un fuerte click, lo que le hizo suponer que Rogers se sentía muy furioso por haber dudado de su firma. Colgó el

teléfono, sacó un pañuelo, se secó el sudor de la frente y luego se asomó a la puerta de su despacho.

Con la mano derecha hizo un gesto al cajero. Éste asintió.

—Ahora mismo contaremos el dinero, señor Farr. ¿Cómo lo prefiere? ¿Billetes grandes o pequeños?

—Yo creo que resultaría más cómodo en billetes de mil, excepto el pico de los trescientos setenta y cuatro dólares, ¿no le parece? —contestó el joven, con amable sonrisa.

—Sí, sí, señor...

Minutos más tarde, Farr empezaba a meter fajos de billetes de mil dólares en la cartera. Cuando terminó de guardar el dinero, el cajero le miró aprensivamente.

—Señor Farr, si me permite un consejo... Llevar una suma tan importante, sin protección...

—No tema, amigo mío —respondió Farr—. Fuera, muy discretamente, por supuesto, me aguardan dos empleados que evitarían, en un caso dado, que alguien pudiera ceder a una tentación, ¿comprende? De todos modos, muchas gracias por su interés. Y también por su amabilidad al atenderme. Buenos días.

—Buenos días, señor Farr.

El joven se marchó. Kerwell P. Rogers tardó bastante en enterarse de que había sido despojado de casi ciento cincuenta mil dólares; sólo lo supo cuando, un par de semanas más tarde, extendió otro cheque contra el mismo banco y se lo devolvieron por falta de fondos.

Entonces, presa de vivísima cólera, y conocedor ya del autor del despojo, juró que algún día se vengaría de Robin Farr.

«Le haré que lo lamente mientras viva», se prometió a sí mismo.

* * *

En la oscuridad de la noche, Robin Farr contempló la silueta de la mansión cuyo estudio le había llevado semanas enteras. Ahora ya sabía lo que debía hacer, y sabía también que la dueña estaría ausente hasta prácticamente el amanecer.

Había sistemas de alarma, pero sabía asimismo cómo inutilizarlos. Sin embargo, se llevó una enorme sorpresa al ver que estaban desconectadas.

Meneó la cabeza con aire de pesimismo.

—En esta casa, hay algún criado muy descuidado. Si yo fuese el dueño, alguien se vería mañana de patitas en la calle —murmuró.

Lenta y cuidadosamente, avanzó a través del extenso parque que rodeaba la casa. Momentos después, abrió una ventana por el clásico procedimiento del cristal cortado con un diamante, la ventosa que extraía el trozo deseado y la mano a través del hueco.

Farr sabía adónde se dirigía. Una vez en el interior, se volvió, cerró la ventana y corrió las cortinas. Tenía una lamparita portátil, que le sirvió para encender una grande, de sobremesa, situada sobre un lujoso escritorio, de estilo antiguo pero muy elegante.

La luz le reveló que se hallaba en un salón biblioteca, que era también despacho del dueño de la casa. Las paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de libros, aunque había algunos huecos ocupados por cuadros de notable valor.

Farr sonrió. Cualquiera, en su lugar, habría supuesto que la caja fuerte donde se guardaba algo así como medio millón de dólares en joyas y valores fácilmente negociables estaba detrás de un cuadro, como parecía tradicional, pero en este caso, no era así. La caja estaba tras una estantería en la que se alineaban libros simulados.

Y ahora se disponía a vaciarla, con lo que la dueña de la casa se llevaría una sorpresa imponente a la mañana siguiente. Pero antes de que pudiera iniciar la operación, y cuando ya daba el primer paso hacia delante, su pie derecho tropezó con algo blando.

Bajó la vista. Un fuerte estremecimiento recorrió su cuerpo al ver el hombre tendido en el suelo, al pie de la mesa de despacho y en el que no había reparado hasta aquel momento, precisamente por hallarse en una zona de sombras.

Rehecho de la sorpresa, dirigió la luz de su linterna hacia el rostro del individuo, que yacía boca arriba. Farr arrugó el entrecejo, más sorprendido aún, porque lo conocía.

Pero, al mismo tiempo, supo que no podría preguntarle por los motivos de su estancia en la casa, porque acababa de ver una pequeña mancha roja en el centro de su pecho.

De nuevo hizo otro gesto de pesar con la cabeza.

—Paz a tu alma, Ken Hallis —murmuró.

Por un instante, se preguntó acerca de las causas que habían llevado al sujeto a entrar en la casa. Luego se encogió de hombros.

—Ya no importa —dijo.

Rodeó la mesa y se acercó a la estantería que ocultaba la caja fuerte. Cuando se disponía a hacerla girar a un lado, oyó una voz a sus espaldas.

—¿Le ayudo?

Farr respiró. La voz era de una mujer, de cuya presencia en el lugar no se había percatado hasta aquel momento. Pero resultaba lógico, porque supuso que ella acababa de entrar por la puerta situada justamente en el extremo opuesto.

Muy despacio, se volvió. Quizá ella le apuntaba con una pistola, por lo que mantuvo las manos separadas del cuerpo.

Era enemigo de la violencia; si un día le atrapaban, no podrían acusarle de daños físicos contra sus víctimas.

Entonces, al ver a la mujer, creyó que soñaba.

Ella era alta, de largos cabellos negros como la noche y rostro asombrosamente blanco, en el que sólo destacaban los labios, rojos como la sangre. No tenía armas a la vista, lo cual no significaba que no pudiese llevar una oculta bajo el manto negro con que cubría el que, indudablemente, debía de ser un cuerpo de gran esbeltez.

—Si ha venido a robar, pierde el tiempo —añadió ella.

Al hablar, separó los labios. Farr vio algo que le hizo sentirse horrorizado.

—¡La hija de Drácula! —exclamó.

Ella sonrió, enseñando los largos y afilados colmillos de su dentadura.

—Sólo es un disfraz, estúpido —advirtió.

Con la mano izquierda se arrancó los falsos colmillos, que depositó sobre una consola cercana. Luego exhaló un suspiro de alivio.

—¡Uf, cómo molestaban! —sonrió—. Bien, amigo mío... Ahora, si no le importa, voy a llamar a la policía.

—Un momento —pidió Farr—. Antes de llamar a la policía, cosa a la que quizá tenga tanto derecho como yo, dígame quién es usted.

—¡No sea tonto! Soy Ada Harlimont —contestó ella.

—¡Absurdo! Aunque no he hablado con la señorita Harlimont, la conozco por fotografías y usted no se le parece ni remotamente...

—Hijo, parece usted idiota de nacimiento. ¿No dije antes que es un disfraz?

Con rápidos movimientos, la mujer se despojó de la capa negra, con forro escarlata, y luego se arrancó de un tirón la peluca de largos cabellos negros, dejando al descubierto el pelo rubio, corto como el de un muchacho.

—No tengo la cara tan blanca —añadió—. Sólo es maquillaje.

Farr se sentía estupefacto. Ella vestía un traje, también negro, sin espalda, que por delante consistía en dos estrechas cintas que apenas cubrían los senos, jóvenes y firmes.

—Es un disfraz estupendo —calificó, cuando se hubo recobrado de la sorpresa.

—Muchas gracias, pero ello no le eximirá de dar explicaciones a la policía, cuando vengan a arrestarle —contestó la muchacha.

Farr no se inmutó, mientras Ada avanzaba hacia la mesa en la que se hallaba el teléfono.

—También usted tendrá que dar explicaciones acerca de la presencia de un muerto en su casa —amenazó.

CAPÍTULO II

Ada le miró sorprendida, pero no hizo caso y levantó el auricular. Farr hizo un gesto con la mano.

—Por favor, dé la vuelta a la mesa —indicó apaciblemente.

Ella dudó un instante. Luego hizo lo que le decían y, en el acto, soltó un grito de espanto.

—¡Lo ha asesinado usted!

—Nada de eso —contradijo Farr—. Estaba ya muerto cuando yo entré en esta habitación. Y, aunque no soy médico forense, puedo asegurarle que era cadáver desde, al rae nos, una hora.

Ada retrocedió un poco.

—¿Quién es usted? Todavía no conozco su nombre...

—Robin Farr.

—Farr —repitió ella—. He oído cosas sobre usted... y ninguna buena.

—Es el resultado de la opinión de mis enemigos —sonrió el joven—. Pero no voy a entretenerme en hacerle cambiar de forma de pensar. Si usted llama a la policía, y no se lo impediré, ambos nos vamos a ver metidos en un buen lío... sobre todo usted, porque yo no me he llevado todavía de su casa nada que valga diez centavos. Nunca uso armas y el cadáver ha aparecido en su casa. ¿Cuál de los dos saldrá más perjudicado?

Ella se mordió los labios.

—¿Sabe quién es el muerto? —preguntó.

—Ken Hallis, estafador y chantajista.

—¿Era él?

Farr alzó una ceja.

—Parece como si le conociera —observó.

—No le he visto la cara, por eso no le he reconocido. Pero,

naturalmente, no voy a decirle cuáles eran mis relaciones con ese pobre hombre.

—Retire el calificativo. Hallis era cualquier cosa menos un «pobre hombre» —replicó Farr duramente—. En fin, alguien le clavó un estilete en el pecho y lo dejó seco en el acto. ¿Qué hacemos?

Ada le miró acongojada.

—No me gustaría llamar a la policía...

—Tampoco a mí, Pero eso significa que tenemos dos salidas para esta situación: enterrar el cadáver en su jardín...

—¡No! Eso no —protestó ella vivamente.

—O llevarlo lejos de su casa y abandonarlo en cualquier parte.

Los ojos de la joven se cerraron un instante.

—Maldigo el día en que conocí a ese hombre —declaró a media voz.

—No es usted la única que dice algo parecido —sonrió Farr—. Bien, entonces, optamos por la segunda solución: llevar el cadáver lo más lejos posible de esta casa, ¿no es así?

—¿Lo hará usted?

Farr la apuntó con el índice.

Lo haremos los dos —decidió—. Si nos pillan, ambos padeceremos las consecuencias de nuestros actos y no yo solamente. Por otra parte, tengo mi coche a buena distancia de esta casa y, lógicamente, no voy a caminar medio kilómetro con un muerto sobre mis espaldas.

—El mío está en el garaje —manifestó Ada.

—Tráigalo... —Farr pareció recordar algo de repente y movió una mano—. Pero antes quiero que haga una cosa.

—¿Sí? —inquirió ella.

—Abra su caja fuerte. Le conviene saber si su contenido está intacto o se la han vaciado.

—¿Quién lo habría hecho, en tal caso?

—El hombre que mató a Hallis, naturalmente.

—Está bien.

Ada se acercó a la estantería, la apartó a un lado y luego hizo girar la rueda de la combinación que permitía la apertura de la caja fuerte. Una vez abierta, examinó su interior y se volvió hacia Robin.

—No falta nada —dijo.

—Perfectamente —contestó Farr—. Entonces, vaya a buscar el coche y sitúelo al pie de esa ventana. —La señaló con la mano—. No tarde —aconsejó.

Ada echó a correr. Farr lanzó un gruñido de enojo.

—Pórtese con naturalidad, por favor.

La muchacha se volvió un instante. Estaba muy alterada, apreció Farr, y era lógico. Farr desapareció y entonces él corrió hacia la caja fuerte, dejada descuidadamente abierta.

Farr sonrió, pero en seguida se puso serio.

—¿Por qué diablos ha tenido que engañarme? —masculló.

Pero algo sí había y, tras algunos segundos de vacilación, sacó el grueso fajo de billetes de banco y lo guardó en el interior de la camisa, situada bajo el jersey negro que formaba parte de su indumentaria. Luego se acercó a la mesa, apagó la luz y descorrió las cortinas para abrir la ventana.

El cadáver pasó a través del hueco. Antes de salir, sin embargo, Farr encendió su linterna y examinó el suelo.

—Sangró muy poco —comentó, satisfecho, al ver que no quedaban rastros en el *parquet* de brillante madera.

Un coche grande, negro, se acercaba lentamente con las luces apagadas. Ada frenó y se apeó ágilmente.

—¿Dónde lo llevamos? —preguntó.

—Abra el maletero —indicó Farr.

* * *

Durante un buen rato, ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Luego, Ada rompió el tenso silencio del ambiente. —¿Qué sabe usted de Hallis?— inquirió.

Antes de darle la respuesta que espera, conteste usted a una pregunta mía: ¿por qué volvió antes de lo esperado?

—Y usted, ¿cómo sabía que yo iba a estar ausente?

—Es mi profesión —afirmó él maliciosamente.

—O sea, vino a robar a mi casa y se informó previamente... de mis actividades durante esta noche.

—Exacto.

—¿Alguien... se lo dijo?

—Lo siento, no puedo revelar mi fuente de información.

Ada empezó a pensar.

—Tuvo que ser alguien del personal... de la servidumbre... y, a menos que usted padezca ciertas desviaciones sexuales, cosa que no creo, lo hizo una mujer. —Dispone usted de ama de llaves, cocinera y dos doncellas. No diré más.

—El ama de llaves tiene cincuenta años. La cocinera, cinco más. Las dos sirvientas son jóvenes y bastante agradecidas. Una de las dos le informó...

—No diré nada más sobre el particular. No puedo comprometer a mi informadora, claro.

Pero estábamos hablando de su ausencia. ¿Por qué regresó antes de lo esperado?

La muchacha apretó los labios.

—Fui invitada a una fiesta de disfraces. Ya conoce el mío...

—Muy original. Siga, por favor.

—Pude darme cuenta de que la fiesta derivaba hacia situaciones poco agradables. Ya me imaginaba que alguno de los invitados bebería en exceso, pero otros empezaron a fumar cierta clase de «hierba», aparte de que también se producían hechos repugnantes. En consecuencia, abandoné la fiesta y volví a casa.

—Hizo bien, porque, además, y aunque me sorprendió cuando iba a robarla, llegó en el momento adecuado para que yo pudiera ayudarla a desprenderse de un muerto incómodo.

De pronto. Ada se volvió en el asiento y quedó casi frente al joven, que era ahora el conductor del vehículo.

—Robin, he oído algunas cosas sobre usted. ¿Por qué roba?

El semblante de Farr se oscureció.

—No soy un ladrón profesional —contestó.

—Parte de su botín es repartido entre ciertas personas... y sé también que no son sus cómplices. ¿Acaso se califica a sí mismo de bandido generoso, que roba a los ricos para dárselo a los pobres?

—Hombre, ese título no se me había ocurrido hasta ahora —admitió Farr, de mejor talante—. Pero así es, aunque sólo parcialmente.

—A ver, explíquese —pidió Ada.

—Los ricos a quienes yo despojo de parte de su fortuna, adquirieron sus bienes con trampas más o menos legales, pero trampas a fin de cuentas... despojando a personas que creyeron en

su honestidad. Eso es todo.

—Y a mí me ha incluido en esa lista de tramposos.

—A usted, no; a su padre.

Ella se irritó al oír aquellas palabras.

—¡Mi padre siempre ha sido un hombre honrado en sus negocios! —exclamó.

Farr lanzó una sarcástica carcajada.

—El amor filial la ciega —sentenció—. Pero no quiero seguir discutiendo más el tema.

Estamos a punto de llegar al sitio donde vamos a dejar el cadáver de Hallis.

Asombrada. Ada miró a su alrededor.

—No parece precisamente un paraje solitario —manifestó.

—Es el más apropiado —insistió él.

Farr arrimó el coche a la acera. Era una zona residencial, desierta, sin embargo, a aquellas horas. Después de apearse abrió el maletero, cargó con el cadáver y caminó a través de un pequeño jardín, hasta llegar a la puerta de una casa de moderna construcción, de una sola planta, junto a la cual dejó el muerto, sentado en el suelo.

El cadáver se inclinó a un lado. Farr lo enderezó, de modo que quedase con la espalda apoyada contra la puerta. Luego, se volvió y entonces vio que el coche se deslizaba silenciosamente por la ligera pendiente que había en aquel lugar.

Ada se marchaba sin encender el motor, para no llamar su atención. Farr no se enfadó.

—Buen viaje —murmuró, mientras se palmeaba el estómago, contra el cual presionaban ligeramente cien billetes de mil dólares.

Harry N. Lengyll abrió la puerta de su casa por la mañana, y entonces sintió que algo que le golpeaba las rodillas. Al bajar la vista, vio lo que era y en el acto dio un tremendo salto hacia atrás.

Cuando se rehízo, aunque sólo parcialmente, Lengyll se dio cuenta de que había algunos curiosos frente a su casa. En el mismo instante, oyó la sirena de un coche de patrulla que se acercaba a toda velocidad.

En el barrio se organizó de inmediato un buen jaleo. Lengyll fue conducido a la Jefatura, en donde fue sometido a un interrogatorio que duró hasta bien pasado el mediodía. Luego lo soltaron y regresó

a su casa, en un indescriptible estado de ánimo, que le llevó a emborracharse hasta perder por completo el conocimiento.

Farr leyó lo ocurrido en una de las últimas ediciones de un diario de la tarde, aunque no el detalle de la borrachera de Lengyll. Sabía dónde solía acudir éste regularmente y fue a buscarlo, pero la espera resultó inútil; por ello decidió re tirarse a su apartamento, abandonando por el momento el proyecto de entrevistarse con el hombre en cuya puerta había dejado un cadáver.

Al día siguiente, mediada la mañana, se dirigió a la casa de Lengyll, quien tardó bastante en abrir, debido al estado en que se encontraba todavía. Con los ojos inyectados en sangre y un aspecto desastroso, miró a Farr a través de las brumas que velaban sus pupilas y que eran debidas a partes iguales al sueño y al abuso del alcohol.

—¿Qué quiere usted? —preguntó desabridamente—. Si es un periodista, no tengo nada que decir, y lo mismo si es un policía...

—Me llamo Robin Farr —declaró el joven con calmoso acento. Lengyll se estremeció.

—He oído hablar de usted —rezongó.

—No tanto como yo de usted —sonrió Farr—. ¿Puedo pasar?

El otro le miró recelosamente.

—Está bien —gruñó.

El sujeto vestía todavía con bata y zapatillas. Farr no dejó de apreciar el absoluto desorden que reinaba en la casa, además de un penetrante olor a alcohol que hacía la estancia sumamente desagradable.

Se prometió ser lo más breve posible y empezó a hablar:

—Usted y Hallis eran socios.

—¿Cómo? —exclamó Lengyll.

—No se haga el desentendido. Eran uña y carne, y ninguno daba un paso sin estar de acuerdo con el otro. Usted sabía de sobras que Hallis iba a dar un golpe en cierta mansión que no es preciso mencionar. Por las razones que sean, el asunto falló y, además, recibió una puñalada en el corazón. ¿Quién lo mató?

—Yo no lo hice...

—Ya lo sé. Usted despojaría a una pobre viuda de su última moneda de diez centavos, pero es incapaz de matar una mosca. Sin embargo, sabe quién «liquidó» a su socio.

—Se equivoca. No sé nada —contestó Lengyll con voz tensa.

Farr adivinó lo que pasaba en el ánimo del sujeto.

—¿Tiene miedo, Harry?

Lengyll se estremeció.

—Ya hemos hablado bastante —advirtió.

—¿Qué esperaba conseguir su socio en la casa donde fue asesinado?

—Permítame —pidió el sujeto—. Creo que la casa necesita un poco de ventilación...

Cruzó la sala y abrió una ventana de par en par. En el mismo instante, sonaron varios disparos.

El individuo saltó violentamente hacia atrás, mientras Farr, por precaución, se refugiaba detrás de un sillón de orejeras. Tras las detonaciones, oyó el rugido del motor de un coche que escapaba a toda velocidad, pero su sentido de la prudencia le hizo permanecer en el mismo sitio hasta que tuvo la seguridad de que no iba a sucederle nada.

Al cabo de unos momentos se incorporó. Miró a Lengyll. Ya no se podía hacer nada por él.

CAPÍTULO III

Por la noche del mismo día, una vez determinadas las diligencias policiales y cerrada la casa, Farr regresó y entró sin demasiadas dificultades utilizando la puerta posterior. Sabía positivamente a qué se habían dedicado los dos socios asesinados en el corto espacio de día y medio, pero los periódicos no habían dicho gran cosa, y él estaba seguro de que encontraría datos que nunca serían del conocimiento del gran público.

Provisto de una linterna se preocupó primeramente de evitar que saliera fuera el menor rayo de luz. Luego, en completo silencio, empezó a registrar la casa.

Abrigaba la presunción de que Lengyll guardaba cosas en alguna parte, notas, informes, documentos susceptibles de hacer chantaje a alguien. La policía no había encontrado nada digno de mención, pero creía que el registro realizado había sido más bien rutinario y escasamente eficaz.

Durante una hora larga recorrió la casa, tanteando suelos y paredes, en busca de algún escondite que le permitiese dar con lo que buscaba. Empezaba ya a desconfiar de sus propósitos, cuando, de pronto, reparó en algo que estimó se le había pasado por alto.

Era una estantería, con algunos gruesos volúmenes de si mulada factura antigua. Farr sabía que si de algo se podía acusar a Lengyll era de su desinterés por la ciencia en general, y muy en particular por las teorías de Darwin.

Agarró uno de los tomos, lo sacó fuera y, con gran decepción, comprobó que no había ningún hueco en sus numerosas páginas. Hizo lo mismo con el segundo y, al repetir la operación con el tercero y devolverlo a su puesto, oyó un ligero chasquido.

Al lado de la estantería se abrió una pequeña puerta,

perfectamente disimulada. Farr vio en el interior del hueco un par de libretas de tapas negras y un montón de documentos, reunidos por fajos atados con cintas. Sin perder tiempo echó todo en el interior de una bolsa de fina tela negra que había llevado consigo.

Diez minutos más tarde abandonaba la casa sin ser visto. Apenas llegó a su apartamento, puso la cafetera al fuego.

Eran ya más de las doce de la noche y necesitaría el café para mantenerse desvelado, porque no quería que le sorprendiese el día sin haberse enterado de todo lo que había en las agendas y del contenido de los documentos, entre los que abundaban numerosas fotografías que estimó debían de ser sumamente comprometedoras para determinadas personas.

Cuando terminó, ya clareaba el día. Bostezó, estiró los brazos voluptuosamente y luego, considerando que se merecía un buen descanso, se fue a la cama.

* * *

Era de noche cerrada cuando Ada Harlimont salió de su mansión, conduciendo el coche. Avanzando por rutas secundarias llegó a un lugar apartado de la ciudad unos veinte kilómetros. Estaba cerca de la playa, en la que batían las olas mansamente; la casa más cercana se hallaba al menos a mil quinientos metros de distancia.

Ada detuvo el coche, se apeó y caminó con un bolso en la mano, hasta situarse junto a una palmera que había en el límite de la vegetación. A los pocos momentos apareció un tipo malencarado, que se dirigió rectamente a la joven.

—¿Ha traído la «pasta»? —preguntó el sujeto.

—Sí, la he traído. Y usted, ¿tiene lo que me prometió?

El hombre se tocó con una mano el lado izquierdo del pecho. —Aquí está— dijo.

—Enséñelo, por favor.

—Antes quiero ver el dinero, muñeca.

Ada vaciló un poco. Al fin, se dispuso a abrir el bolso, pero, en aquel instante, se oyó la voz de un hombre:

—No toque ese bolso, Ada.

Ella se sobresaltó. El sujeto volvió la cabeza, justo a tiempo de

recibir el puño que se estrelló contra su mentón con tremenda potencia.

Ada, asustada, dio un paso atrás. Farr sonrió.

—No tema —rogó.

Inclinándose sobre el caído, le registró rápidamente y le desposeyó de un grueso sobre que, al parecer, contenía varias cartas.

—Mire a ver si es lo que deseaba recibir a cambio de... ¿cuánto?

—Cincuenta mil —contestó ella.

—¿Merecía la pena pagar tanto dinero por unos documentos?

—Para mí, sí.

Farr encendió una pequeña linterna, que mantuvo hacia el sobre del que Ada extraía sucesivamente unos papeles, para hojearlos con rapidez. Al cabo de unos momentos, lanzó una exclamación de rabia:

—¡Sólo son fotocopias!

—Pues, ¿qué se creía usted? ¿Acaso pensaba que un chantajista iba a perder la mina de oro que es cuenta corriente?

Ella se mordió los labios.

—Me aseguraron que me devolverían todo...

—Ada, no sé qué ha hecho usted de malo, ni me importa, pero voy a decirle una cosa: jamás acepte las peticiones de un chantajista, por duro que le resulte. Ya ve el resultado que le ha dado creer en la palabra de ese miserable... quien, por otra parte, no es sino el eslabón de una cadena muy bien organizada.

—¿Usted cree? —preguntó Ada, dubitativa.

—Tengo motivos para ello —respondió Robin—. Pero no se preocupe; tarde o temprano, recuperaremos esos documentos.

—¡Un momento! —exclamó ella—. ¿Cómo ha aparecido usted tan oportunamente? He estado mirando hacia atrás casi de continuo, y no he visto ningún coche que me siguiera. Farr sonrió maliciosamente.

—Viajé en el maletero de su automóvil. Espero que, a la vuelta, me permita hacerlo a su lado.

—Sí —repuso Ada—. Tenemos mucho de qué hablar...

El joven levantó una mano.

—Permítame —la interrumpió—. Este caballero también tiene que hablar y yo quiero escuchar lo que va a decirnos, ¿entendido?

El hombre empezaba a agitarse. Farr se inclinó sobre él y le registró cuidadosamente, encontrándole un revólver de cañón corto, del que se apoderó sin ningún escrúpulo. A los pocos segundos, el individuo se sentó en el suelo y sacudió la cabeza varias veces, como tratando de despejar las brumas que todavía envolvían su cerebro. De pronto, pareció darse cuenta de su situación y se puso en pie de un salto.

—Eh, no tan de prisa —advirtió Farr. Y agarrándole por un brazo le colocó la boca del arma en la garganta—. Antes de que te vayas de aquí, tenemos que conversar un poco, Mike Barstin.

—¿Cómo? —se asombró Ada—. ¿Le conoce usted?

—Para mi desgracia —contestó el joven—. Cuando uno ve a tipos como éste, comprende a los racistas que hablan de la supresión de parásitos y otras especies denigrantes para el género humano. ¿Me equivoco, Mike?

—No sé de qué me está hablando —contestó Barstin de mal talante—. Yo sólo vine a hacer un negocio con esa dama...

—Sí, lo sabemos, pero ignoramos quién te dio los documentos, a cambio de los cuales debías recibir cincuenta mil dólares. ¿Querrás decírnoslo, Mike?

Barstin se lamió los labios y miró sucesivamente a Ada y a Robin.

—Bueno, se me acercó un hombre y me pidió que viniese aquí... para entregar un sobre y recibir cincuenta mil dólares... Me daría dos mil por el trabajo...

Farr se volvió hacia la muchacha.

—Una historia verdaderamente conmovedora —comentó—. He aquí a un pobre desgraciado, a quien la crisis actual ha dejado sin trabajo. De repente, un alma caritativa se le acerca y le propone remediar su amarga situación, a cambio de una sencilla tarea. El infeliz acepta y... —De súbito, apoyó con fuerza el cañón del revólver en el cuello de Barstin—. ¿Quieres que te deje sin habla para siempre? —rugió.

Los ojos del sujeto rodaron agónicamente en sus órbitas.

—No sé nada... Le juro que no sé nada...

—Ada, apártese a un lado. Voy a destrozarle a este tipo una rodilla de un tiro; así estimularé su memoria. No quiero que presencie escenas desagradables, ¿me oye?

Bajó el revólver y apuntó a la pierna derecha de Barstin, levantado ostentosamente el percutor. El hombre lanzó un aullido angustioso.

—¡Espere! —chilló—. No dispare... Diré todo lo que sé...

—¿Por qué no empiezas ya? —indicó Farr, sin abandonar su tono amenazador.

—Me lo ordenó Jerry Cowles. Dijo que era un buen negocio y que me daría cinco mil por el trabajo.

—Jerry Cowles... El nombre no me suena. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Suele ir casi todos los días al salón de billares de Mary *la Tonelada*, en la calle Once... No sé dónde vive...

—Ah, ahora creo que sé quién es Jerry... Un tipo bajito, delgado, con lentes de cerco de oro...

—Oh, no... Mide metro noventa y pesa ciento diez kilos. No usa lentes, desde luego.

Farr sonrió, pero no quiso decir que había utilizado un ardid para evitar que Barstin pudiera engañarle.

—Muy bien, creo que con eso tengo bastante. Voy a concederte el beneficio de la duda y pensaré que, en realidad, no tienes que ver gran cosa con este asunto. Por tanto, te ahorraré el importe de un par de muletas, gracias a los informes que me has dado. Pero aún me queda algo por saber. Mike, ¿quién mató a Ken Hallis? Supongo que sabes que alguien le clavó un cuchillo en el corazón, ¿verdad?

Barstin hizo un gesto de asentimiento.

—Se rumorea que lo hizo Blackie Enderton *el Puñalero*.

—No cabe duda; tiene los conocimientos anatómicos suficientes para clavar un cuchillo en el lugar exacto y matar a su víctima instantáneamente. ¿Sabes dónde vive?

—No. Lo siento...

—Yo también, pero no importa. Acabaré por encontrar a ese tal Enderton. Ahora, por favor, date la vuelta.

Barstin obedeció. Farr le golpeó detrás de la oreja derecha con el puño, haciéndole caer sin sentido en el acto. Luego se volvió hacia la muchacha.

—Creo que ya podemos marcharnos —dijo.

Ada hizo un signo afirmativo. Antes de abandonar el lugar, sin embargo, Farr buscó el automóvil de Barstin y le deshinchó un par

de ruedas. El sujeto tardaría en volver a la ciudad, pensó.

* * *

El automóvil de Ada rodaba a moderada velocidad, conducido por su propietaria. Ella guardó silencio durante unos minutos, como si estuviese concentrada en sus propios pensamientos. De pronto, dijo:

—Robin, a cada momento que pasa, me siento más asombrada con respecto a usted. ¿Cómo es posible que conociera a un sujeto de la clase de Barstin? ¿Qué le impulsó a dedicarse a este género de vida?

—Todo ello se debe a tipos como Kerwell P. Rogers. Francis X. Harlimont y gente por el estilo. Si no me hubiera tropezado con ellos, mi vida, puede tenerlo por seguro, se habría desarrollado por cauces muy distintos.

—Mi padre no le ha hecho nada a usted —protestó ella enérgicamente.

—Algún día le contaré cosas de su progenitor que le pondrán los pelos de punta —anunció Farr—. Comprendo que sienta hacia él un afecto filial que la honra, pero eso no le exime de culpa en muchas de sus acciones.

—¿Cómo puede decir tal cosa? —se indignó Ada—. ¿Es usted acaso víctima, juez y jurado?

—Oh, no, simplemente, me limito a procurar restituir par te del dinero que consiguió con métodos poco honestos, por no calificarlo de otra manera. Y lo mismo digo de Rogers y algunos «tiburones» más de esta ciudad.

—He oído hablar de Rogers y nunca muy bien, debo admitirlo. Pero, en cuanto a mi padre...

—Lo siento. Las cosas, muchas veces, son como son y no como querríamos que fuesen.

—Robin, ¿qué piensa usted de mí? —preguntó Ada de sopetón—. ¿Cree también que soy como mi padre? Me refiero a asuntos de negocios...

—Oh, no, en absoluto. Mejor dicho, no lo creo porque, prácticamente hasta estos días, casi no tenía noticia de su existencia. Bueno, sí, sabía que el señor Harlimont tenía una hija,

pero eso era algo que no me preocupaba, porque mis diferencias son con él y no con usted.

—Sin embargo, me ha ayudado esta noche.

—Me cayó simpática desde el primer momento.

—¿Sólo por eso, Robin?

—Bien, además es una chica guapísima... ¿No se lo han dicho nunca?

—Por desgracia, demasiadas veces.

—¿Cómo «por desgracia»? ¿Estima que es una desgracia ser tan hermosa?

—Hasta cierto punto. Todo el que se me acerca, busca algo más, Usted ya me entiende, ¿no?

—La culpa es suya exclusivamente. Ada. Usted lo tiene todo: juventud, belleza y dinero. Si fuese vieja, fea y pobre, ni la mirarían a la cara.

Ada se echó a reír.

—Puede que tenga razón —admitió—. Sin embargo, hasta ahora, usted no ha intentado nada...

—Déme tiempo y ya verá si lo intento o no. Pero, por ahora, tengo cosas por hacer más importantes que conquistar a una chica preciosa. Y no quiero con ello herir su amor propio, sino más bien hacer que me comprenda.

—Le entiendo perfectamente, Robin. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Encantado —accedió él.

—¿Qué hizo usted de los cien mil dólares que había en mi caja fuerte?

—Ah, ya se ha dado cuenta de ello... Pero usted me engañó, Ada.

—No es cierto. Había cien mil dólares, Robin.

—Usted dijo que no faltaba nada, cuando yo le pedí que examinara su caja fuerte. Se la dejó abierta y, mientras iba a buscar el coche, yo aproveché la ocasión para echar un vistazo a su interior. Sólo había dinero. Alguien, seguramente el mismo que mató a Hallis, se llevó otras cosas de valor.

—Es verdad —suspiró ella. Agitó el sobre que contenía las fotocopias—. Se llevaron estos documentos —añadió.

—Los recobramos, no se preocupe.

—¿Cómo? ¿Piensa ayudarme? —se extrañó ella.

—¿Por qué no? En primer lugar, usted es una buena chica. Luego pienso en tipos como Barstin, Hallis, Lengyll y demás ralea, que no tienen que envidiar nada a su padre. Al menos, en el aspecto económico, porque sé que su padre jamás alzaría la mano contra un semejante.

—Muchas gracias —contestó Ada con una punta de ironía.

—Me gusta siempre decir la verdad, por amarga que pueda resultar. Y su padre, en medio de todo, tiene un tanto a su favor.

—¿Cuál, Robin?

—No se ha suicidado nadie por sus trampas.

Hubo un momento de silencio. Luego, Ada dijo:

—Robin, tenemos que conocernos mejor.

—Tiempo habrá para que aumente nuestro recíproco conocimiento —respondió Farr.

CAPÍTULO IV

Vestido con prendas más bien ajadas, Farr entró en la sala de billares y se llevó una sorpresa, porque la dueña no era precisamente una mujer voluminosa, como había sospechado al conocer su apodo. Cuando se sentó en un taburete para pedir un trago, pudo ver que Mary era muy pequeña; no pasaría apenas de un metro y cuarenta y cinco centímetros y su peso escasamente llegaba a los cuarenta kilos.

No era muy vieja, ni mucho menos. Debía de tener unos treinta y cinco años, calculó, y su rostro, sin ser bello, tenía cierta gracia que le proporcionaba un indudable atractivo. Los tacones de sus zapatos, sin embargo, aumentaban su estatura en quince centímetros, porque la suela tenía cinco de grosor.

Ella le miró apreciativamente.

—Eres nuevo por aquí, buen mozo —comentó—. ¿Cómo te llamas?

—Smith, Pete Smith.

—¡Ja! —rió Mary, muy seria—. Y yo me llamo Isabel de Windsor.

—¿Como la reina de Inglaterra?

—En efecto.

—Te advierto que no soy psiquiatra.

—¿Por qué dices eso?

—Si fueses hombre, tendrías que haber dicho que eres Napoleón. Mary soltó una estridente carcajada.

—Tienes sentido del humor —contestó—. Todos los policías deberían ser como tú.

—Estoy de acuerdo contigo. Por eso no soy policía.

—¿No?

—¿Tienes una Biblia?

—¿Para qué la quieres? —se sorprendió Mary.

—Para jurarte que no soy policía, mujer.

—Oh, comprendo. Entonces, si no eres policía, ¿qué demonios haces en mi casa?

—¿Es que todos tus dientes son policías, Mary?

—Claro que no. Ya estaría en la ruina..., pero tú no has venido aquí solo para tomar una copa. ¿Por qué no me lo cuentas todo..., Pete?

—Está bien. Busco a Jerry Cowles.

—¿Para qué?

—No seas curiosa. Conocí a una chica como tú, y un buen día tuvo que lamentar mucho su curiosidad.

—Metió sus narices donde no debía, ¿eh?

—En una colmena y sin protegerse la cara.

Mary meneó la cabeza.

—Estoy segura de que eres maestro en el arte de hablar horas enteras sin decir nada interesante —manifestó—. De modo que quieres hablar con Jerry Cowles.

—Si está aquí, claro.

La barbilla de Mary apuntó en determinada dirección.

—Lo tienes allí —indicó.

Farr levantó la vista para mirar a través del gran espejo que había al otro lado de la barra. Cowles, un gigantesco individuo de facciones simiescas, parecía muy interesado en manejar el taco sobre una mesa de billar.

Tranquilamente, Farr sacó un grueso rollo de billetes, separó diez de cien y los puso sobre el mostrador. Mary dio un respingo.

—Oye, la copa sólo vale un dólar cincuenta... No irás a decirme «Guárdate la vuelta», ¿verdad?

—No. Es para cubrir el importe de posibles desperfectos.

—¿Crees que habrá bronca?

Farr se apeó del taburete y sonrió:

—Me voy a la guerra —contestó.

* * *

El local estaba prácticamente vacío en aquellos momentos.

Había dos tipos jugando al billar en una mesa situada al fondo. Otro bebía, solitario, en un rincón.

Farr se acercó a la mesa ocupada por Cowles, sin que éste, al parecer, se preocupara por ello. El joven se apoderó de un taco y empezó a darle tiza.

—Vamos a jugar una partida, Jerry —propuso.

Cowles le miró con un solo ojo. Farr pudo darse cuenta de que, pese a su aspecto de hombre de las cavernas, era mucho más inteligente de lo que aparentaba.

—¿Cuál será el premio para el ganador? —preguntó.

—Soltar todo lo que sabe... acerca de un sobre que entregó a Mike Barstin a cambio de cincuenta mil dólares.

—No te conozco, muchacho. ¿De dónde vienes?

—Del país de las hadas, no, desde luego —rió Farr, a la vez que se inclinaba para tomar puntería con el taco.

El de Cowles se cruzó inmediatamente sobre la mesa.

—No estoy para bromas —rezongó—. He hecho una pregunta y quiero la respuesta. De pronto, con el rabillo del ojo, Farr vio que Mary estaba bajando las cortinillas de todas las ventanas. El local se hallaba situado en un semisótano y las ventanas quedaban casi al nivel de la calle.

Sonrió para sí.

—Tendrás la respuesta si me ganas —contestó.

—¿Y si no quiero jugar?

—Entonces, pasará como en otros deportes: el que no se presenta, queda descalificado, lo que significa que ha perdido el juego.

—Insisto, no quiero jugar.

—Entonces, has perdido.

—Ah, ¿sí? Y... ¿cómo me harás hablar?

Súbitamente, Farr movió el taco hacia atrás. La contera golpeó con tremenda fuerza la entrepierna del gigante, quien lanzó un aullido de dolor, a la vez que se curvaba hacia delante, con ambas manos en el lugar afectado.

Sin inmutarse, Farr hizo voltear su taco y golpeó la sien del individuo. Cowles se desplomó fulminado.

Los pocos clientes que había en aquellos momentos contemplaban la escena sin hacer gestos de sorpresa. Farr se volvió

un instante hacia Mary.

Ella tenía la boca abierta.

—Eres rápido, Pete —elogió.

—¿Tienes algún sitio donde este mastodonte y yo podamos conversar a solas, sin ser interrumpidos?

Mary meneó la cabeza.

—Tendrás que aguardar a que se despierte...

—No te preocupes. Enséñame ese sitio, por favor.

—Muy bien, a tu gusto.

El asombro de Mary subió de punto al ver que Farr se cargaba al hombro el pesado corpachón de Cowles, sin aparentes dificultades. Caminó delante para subir las escaleras que conducían al primer piso, y abrió la puerta que daba acceso a un dormitorio lujosamente decorado.

—Si hay pelea, no te importe destrozarlo todo, menos una cosa —recomendó.

—¿Cuál? —preguntó Farr un tanto ingenuamente.

Ella le guiñó un ojo:

—La cama —respondió.

Farr emitió una sonrisa maliciosa.

—Me he olvidado el taco abajo. ¿Quieres subírmelo, por favor?

* * *

Jerry Cowles estornudó y tosió aparatosamente al sentir en su rostro el frío contacto del agua que Farr le arrojaba desde lo alto. Torpemente, se sentó en el suelo y miró a su alrededor con ojos extraviados.

Al cabo de unos momentos, se sintió mejor. Un rugido de rabia. Quiso levantarse, pero entonces, algo muy duro le golpeó dolorosamente en la nariz, aunque sin demasiada fuerza.

—Sigue ahí sentado —ordenó Farr secamente. Y, para apoyar sus palabras, volvió a golpearle con la parte más gruesa de la mitad del taco, que había partido previamente—. Es la mejor postura para que hables, porque tienes que contestar a mis preguntas —añadió.

Cowles le miró rencorosamente. Farr adivinó que estaba reuniendo fuerzas para arrojarle contra él en el momento menos esperado. Decidió que no podía permitírselo. Tal vez podría ganarle

en una lucha cuerpo a cuerpo, ya que conocía muchos trucos, pero no quería correr el riesgo.

—¿Qué diablos quiere? —preguntó el sujeto.

—Estuve charlando con Mike Barstin. Citó tu nombre.

—No lo creo. Barstin no hablaría...

—Ya lo creo que habló. Cuando le puse su propio revólver en la garganta, «cantó» como un canario en celo. ¿O es que no te has dado cuenta todavía de que no te ha traído el paquete que esperabas?

Cowles apretó los labios.

—Si se lo ha quedado...

—Lo tiene su dueña y también tiene unos documentos duplicados, cuando ella esperaba los originales. No los tienes tú, pero sí sabes quién los tiene.

—Eso ya no es tan seguro —respondió Cowles.

—¿Por qué?

—Mire, amigo; uno hace toda clase de trabajos. Le piden un favor, se lo pagan bien y luego, si te he visto no me acuerdo, ¿entiende?

—Puede que sea como dices, y también puede que estés mintiendo. De todos modos, tienes que darme el nombre del tipo que organizó este asunto.

—¿Y si me niego?

Farr estudió la situación críticamente. De súbito, movió el taco y golpeó la oreja izquierda del gigante.

Cowles lanzó un aullido de dolor. Fue a levantarse, pero el palo impactó de nuevo dolorosamente, esta vez contra sus labios, de los que el inferior empezó a sangrar inmediatamente.

—Si sigues callado, acabarás hecho picadillo y entonces saldrás de esta casa por el inodoro —amenazó Farr—. ¿Te pagaron por el «trabajito»?

Cowles asintió, mientras trataba de restañar la sangre con la ayuda de un pañuelo.

—Entonces, si has cobrado, ¿por qué mantienes la boca cerrada? Escucha una cosa: yo no pienso delatarte. No diré que tú me has dado la información... y, además, te daré quinientos dólares, ¿entendido?

Cowles le miró con un solo ojo.

—¿Habla en serio?

Con la mano izquierda, Farr sacó cinco billetes de cien y se los tiró al regazo.

—Habla —ordenó.

—Está bien... Yo no sé nada del asunto... Bueno, ya me imagino que se trata de unos papeles que comprometen a la chica, pero ¡qué diablos! Si cometió una imprudencia o dio un mal paso, eso es cuenta suya, ¿no le parece?

—¿Cuál fue la imprudencia o el mal paso, como acabas de decir? —inquirió Farr.

—Eso ya no lo sé, pero cuando una persona está dispuesta a pagar cincuenta de los grandes por unos documentos, es que hizo algo que no quiere se divulgue, me parece a mí.

—De acuerdo, de acuerdo —admitió Farr, procurando armarse de paciencia. Ya se enteraría del valor que aquellos papeles tenían para Ada—. Pero ¿quién te encomendó esa tarea?

—Se llama Sam Phibbs, es todo lo que puedo decirle. El no me dio más explicaciones, ¿comprende? Sam me pidió que buscase a un tipo para que se entrevistase con la chica.

Yo se lo dije a Mike y eso es todo.

«Así borran pistas», pensó Farr.

Barstin sólo sabía de Cowles; éste, de Phibbs... y ¿conocería Phibbs al que había organizado la operación o era el propio autor?

Había que averiguarlo, entrevistando a Phibbs.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —preguntó.

—Tiene un despacho en la calle Treinta y uno en el dos mil doscientos quince. Agencia Phibbs, es todo lo que puedo decirle. Farr hizo un gesto con el pulgar. —Ya puedes largarte— dijo.

Cowles se levantó. Por un instante, pareció como si fuese a arrojarle contra el joven, pero éste levantó el taco amenazadoramente.

—Tengamos la fiesta en paz —advirtió con una mueca.

—Un día me pagará esto que me ha hecho —se despidió Cowles con rencoroso acento—. Será mucho mejor para ti que no vuelvas a encontrarte conmigo —respondió Farr sin inmutarse.

Sobre una consola, vio botellas y copas y decidió que debía tomarse un trago. Cuando llenaba la copa, oyó el ruido de la puerta.

Mary estaba apoyada allí, con una sonrisa especial en los labios.

—No se han producido destrozos —observó.

—Cowles es pura fachada. Otro, con su estatura y su fuerza física, me habría hecho pedazos. De todos modos, me alegro de que no haya habido pelea.

—Te lo agradezco infinito. Pete... Smith.

—Ahora ya no importa que sepas mi nombre: Robin Farr —sonrió él.

Mary alzó las cejas.

—He oído hablar de ti —manifestó.

—Horriblemente, supongo.

—Hay opiniones para todos los gustos.

—¿Y la tuya?

Ella empezó a soltarse los botones de la blusa que formaba parte de su indumentaria. Antes de un minuto, se había quedado completamente desnuda.

—¿Qué te parece mi forma de opinar? —preguntó.

Era pequeña, pero estaba exquisitamente formada y, seguramente, era experta conocedora de las artes amatorias, se dijo Farr.

—Entonces, yo tendré que darte mi opinión... sobre tu manera de opinar —sonrió.

Avanzó hacia ella y la alzó sin dificultad con los brazos.

—He echado a los pocos clientes que había y he puesto el cartelito de «Cerrado» —declaró Mary.

—Espléndido. Ahora opinaremos el uno del otro... y luego me contarás muchas cosas...

En los entreactos, claro.

—En los entreactos se toma una copa y se fuma un cigarrillo, ¿no es así?

—Pero lo verdaderamente interesante es la función... y la nuestra va a tener un éxito sin precedentes.

—Pero sin público, claro.

—Nosotros seremos público y actores a la vez —comentó Farr, buscando ávidamente los labios de Mary.

CAPÍTULO V

El hombre se apeó de su coche, atravesó la acera y un pequeño jardín, llegó ante la puerta de una casa y dejó algo en el suelo. Inmediatamente, pulsó el timbre, echando a correr a continuación, antes de que el dueño de la casa tuviera tiempo de responder a la llamada. Montó en el coche y arrancó sin perder tiempo, aunque tampoco de una forma espectacular, a fin de no llamar la atención.

Ada le siguió puntualmente. Farr había realizado la misma operación ya tres veces. El joven, calculó, no se había apercebido de que era seguido. Procurando no ser advertida, le dejó adelantarse cosa de cien metros. Diez minutos más tarde, Farr repitió la acción.

Tenía más que suficiente. Había visto a Farr realizar aquella tarea nada menos que cinco veces, en el transcurso de una hora, quizá un poco más. Dándose cuenta de que Farr ya no podría tardar en regresar a su casa, se desvió de su ruta y buscó el camino que conducía al edificio donde vivía Robin.

Farr llegó una hora más tarde al estacionamiento subterráneo. Dejó el coche y, haciendo saltar las llaves en la palma de la mano, se encaminó al ascensor.

Abrió la puerta. Parpadeó al ver a Ada, esperándole en el interior, con los brazos cruzados y apoyada en uno de los mamparos del aparato.

—Hola, buen mozo —sonrió ella—. ¿Me invitas a un trago?

—¿Cómo sabías que iba a volver a esta hora? —preguntó él.

—No lo sabía; simplemente, lo suponía. Vamos, pulsa el botón de puesta en marcha.

Farr lo hizo así. Momentos después, entraban en su apartamento.

Ada se sentó en un mullido diván, cruzando las piernas

ostentosamente. Farr apreció la seda gris oscuro que las cubría y simuló una mueca de disgusto.

—No eres una dama elegante —sentenció—. Llevas *panties*.

—¿Cómo lo sabes?

—Tendría que ver el remate de la media y las presillas del ligero.

—Los *panties* son más cómodos.

—Pero nada excitantes.

—Eres un devoto de la pornografía —le apostrofó ella—. ¿O prefieres ligas adornadas con encajes y un broche de bisutería?

—Como no te las vas a poner para mí, prefiero no contestar a esa pregunta —replicó él, impasible, mientras preparaba dos copas—. Y tampoco te vas a quitar los *panties* ni ninguna otra prenda de ropa, ¿verdad?

—Ah, pero ¿es que crees que he venido aquí para... «eso»? —preguntó ella, indignada.

—No, claro que no, pero si surgiera el tema... ¿por qué no discutirlo apropiadamente? —contestó Farr con brillante sonrisa—. Toma —le entregó una de las copas—. Y ahora, dime qué hacías en el ascensor, aparte de esperar mi vuelta, claro.

Ada tomó un sorbo. Luego le miró fijamente.

—Tú me seguiste la otra noche, en el maletero de mi pro pió coche —acusó.

—Lo recuerdo perfectamente. Prosigue, por favor.

—Bien, esta noche, se me ocurrió venir para comentar el asunto. Vi que salías de casa y decidí seguirte. Te he visto detenerte en varios sitios, dejando siempre algo en cada ocasión ante la puerta a la que llamabas, y marchándote sin esperar a que abriese el dueño de la casa.

—Dejaba notas amenazadoras, pidiendo a cada uno un millón de dólares, para respetar su vida —repuso Farr.

—Lo que hacías era desempeñar el papel del bandido generoso, devolviendo a esas gentes un dinero que tú aseguras les fue estafado. ¿Me equivoco?

—¿Qué harás si contesto afirmativamente?

—En primer lugar, decirte que has repartido los cien mil dólares que te llevaste de la caja fuerte de mi casa.

—Y casi ciento cincuenta mil que le «limpié» a Rogers.

Naturalmente, me he quedado una suma prudente para gastos propios, aparte de recuperar también mi dinero, aunque sólo sea parcialmente —reveló Farr tranquilamente.

—Esos cien mil dólares eran míos —protestó ella con gran vehemencia.

—¿Tuyos o de papaíto? —preguntó él, irónico.

—Lo que hay en la casa de los Harlimont es de todos, señor bandido generoso.

—Entonces, también te beneficias de las trampas que hace papá. Por tanto, no te quejes si te despojan de algo que no te pertenece.

—No hay nada ilegal en lo que hizo mi padre, Robin.

—Ilegal... habría que discutir mucho ese aspecto, sobre todo, teniendo en cuenta que dispone de buenos abogados, que saben encontrar las mallas que a ley no ha cerrado convenientemente. Puede que, efectivamente, no sea ilegal, pero el calificativo de inmoral le cuadra a la perfección.

Ada, furiosa, le apuntó con un dedo.

—¡Escúchame bien! —gritó—. Hace un par de años que trabajo en la oficina de mi padre. Llevo muchos asuntos y puedo jurar que todos son absolutamente legales, ¿me entiendes?

—Excepto los que él lleva personalmente y que no confía ni a su propia hija. ¿No has recibido la visita de los inspectores del Fisco?

—Sí, y han encontrado todo en orden...

—Menos los libros y otras cosas que él ha escondido en alguna parte. Pero esta discusión amenaza con eternizarse, porque ninguno de los dos vamos a alterar nuestros respectivos puntos de vista. Lo que hago puede que sea ilegal, pero es una reparación (y económica, claro) de los daños que han sufrido personas inocentes que confiaron en desaprensivos como tu padre, Rogers y otros granujas por el estilo.

Ada dejó la copa a un lado y se puso en pie.

—Me voy —anunció—. Lo mejor será que no volvamos a vernos, Robin Farr. Aunque te agradezca el haberme evitado la pérdida de otros cincuenta mil dólares, estimaría también que no volvieras a cruzarte en mi camino en todos los días de tu vida.

—Está bien, se hará como tú dices. Ya te enviaré por correo los documentos originales de los que sólo guardas las fotocopias.

Ella estaba ya cerca de la puerta y se volvió vivamente al oír

aquellas palabras.

—¿Es que piensas hacerlo?

Farr asintió.

—Lo haré —afirmó.

Ada se mordió los labios. De pronto, con acento plañidero, expuso:

—Me gustaría saber qué es lo que crees tú que mi padre ha hecho... ilegalmente.

—En otro momento —contestó él.

Los ojos de la muchacha chispearon.

—Hay una cosa que me gustaría saber —manifestó—. ¿Cómo lograste birlar a Rogers ciento cincuenta mil dólares? Tengo entendido que el director del banco consultó por teléfono con él antes de pagar el cheque...

Farr sonrió maliciosamente.

—Me costó semanas enteras de preparación, incluyendo el aprendizaje de la imitación de su firma. Luego hice una derivación de su teléfono a otro que yo tenía en una furgoneta estacionada cerca de su casa y provista de un contestador automático, en el que había grabado previamente las respuestas a las preguntas que, presumiblemente, haría el director del banco. También imité la voz de Rogers y...

—Eso puede costarte claro. Si Rogers denuncia que falsificaste su firma, te verás en un buen aprieto.

—No lo hará. No le conviene que los del Fisco metan sus narices en algunos de sus asuntos. Perdería aún más, ¿comprendes?

Ada meneó la cabeza.

—Acabarás mal. Todos los que hicieron antes que tú lo que haces ahora, acabaron en el patíbulo o en la cárcel.

Farr se encogió de hombros.

—Correré el riesgo —anunció.

—Iré a visitarte a la cárcel cuando te encierren, Robin.

—Aprovecharás el viaje para visitar también a tu padre, ¿verdad? —respondió él sarcásticamente.

Se oyó un fuerte portazo. Farr soltó una alegre carcajada al quedarse solo.

—Hasta la vista..., futura madre de mis hijos —murmuró, como si ella pudiera oírle.

El rótulo de la puerta decía solamente: «Agencia Phibbs». Debajo había otro que indicaba se podía entrar sin llamar. Farr abrió la puerta y se encontró en una especie de antesala, desierta en aquel momento.

Una mujer se asomó por la puerta del fondo.

—Si viene a ver al señor Phibbs, pierde el tiempo, hermano —advirtió.

Farr estudió a la mujer unos instantes. Contaba unos cuarenta años, empezaba a engordar y llevaba unos lentes con cristales muy gruesos.

—Esperaré —decidió.

—¿Qué sabe hacer usted? —preguntó ella—. Yo puedo examinarle...

—Examinarme, ¿de qué? —se sorprendió el joven.

—De sus habilidades, hombre. ¿Es prestidigitador? ¿Cantante? ¿Malabarista?

—Ah, es una agencia artística...

—En efecto, lo es.

—Muy bien, señora —sonrió Farr—. Yo vuelo sin alas ni aeroplanos.

—Ah, se tira desde un trampolín o un acantilado...

—No, no, por favor. Vuelo por sí mismo, como los pájaros. ¿Me permite que le haga una demostración?

La secretaria le miró recelosamente.

—Pase —invitó, no muy convencida de que el visitante no era un chiflado.

Lo que quería Farr era echar un vistazo a la agencia, antes de que llegase su titular. Pasó al despacho de la secretaria, vio al fondo la puerta acristalada, con el rótulo de «Privado» y luego dirigió a la mujer una amplia sonrisa.

—¿Tardará mucho en venir el señor Phibbs? —preguntó.

—Si él no viene, vendrá su socio, el señor Lawrence. Es su asesor artístico. Phibbs se ocupa más bien de la parte burocrática... Pero oiga, ha dicho usted que iba a hacerme una demostración de sus facultades de vuelo sin motor.

—Oh, sí, ahora mismo, señora...

—Normand, Alma Normand. Pero empiece, hombre; me muero de ganas de verle volar sin alas.

—En seguida, señora Normand.

Farr extendió los brazos, aspiró el aire con fuerza y luego empezó a imitar a un pájaro. Alma le miraba con desconfianza.

Durante casi un minuto, Farr movió los brazos como si fuesen alas. Al fin, simulando cansancio, los bajó a los costados.

—Lo siento. Parece que hoy no me encuentro con facultades... Debe de ser la fatiga, sin duda. He atravesado volando el Atlántico, llegué ayer y, por lo visto, no me he repuesto todavía del esfuerzo realizado.

—¿Sabe lo que pienso de usted? —le espetó Alma.

—Le agradeceré su opinión, señora Normand.

—Está bien. Entonces, diré que es un fresco y un desaprensivo, que busca aquí Dios sabe qué, aunque sí puedo asegurarle una cosa: no se burlará de mí. Salga inmediatamente...

Alma se interrumpió bruscamente al oír un ruido que procedía de la antesala.

—Creo que llega el señor Phibbs —añadió, tras una corta pausa—. El le dirá también su opinión, y le aseguro que no será tan blando como yo.

—Escucharé atentamente al señor Phibbs —contestó Farr con humilde expresión.

Los dos miraban hacia la puerta de salida a la antesala, pero ésta no se abría. Al fin, Alma, impaciente, cruzó el despacho y abrió de golpe.

—¡Señor Phibbs...!

La voz de la secretaria se transformó en un aullido de terror. Farr saltó hacia delante, se asomó a la puerta y, en el acto, sintió que se le erizaban los cabellos.

Había un hombre a tres pasos de la puerta, inclinado hacia delante, apoyándose con una mano en la esquina de una mesa, mientras que, con la otra, hacía gestos desesperados. De la boca del individuo brotaba un hilillo de sangre, que caía verticalmente al suelo.

Farr oyó tras él un ruido sordo. Volvió la cabeza. Alma Normand se había desmayado. En el mismo instante, el hombre se vino de bruces al suelo. Y entonces, Farr vio en su espalda el mango de un

cuchillo clavado hasta la empuñadura.

El hombre se agitó un poco y luego se quedó quieto. Farr corrió al pasillo, aunque sabía que ya no podría alcanzar al asesino.

También sabía que la conversación que esperaba sostener con Phibbs había quedado interrumpida definitivamente.

CAPÍTULO VI

—Parece que tu afán por desempeñar el papel de bandido generoso te está acarreando más problemas de lo que podías imaginarte — opinó Ada a la mañana siguiente.

Farr conducía el coche. Ella se le había presentado justo cuando salía de su casa y había solicitado acompañarle, a lo que el joven no formuló la menor objeción.

—Encanto, hace cosa de cuatro años, yo tenía un negocio estupendo, que me prometía una magnífica posición. Traba jaba a veces dieciséis y veinte horas diarias, pero todo estaba saliendo tal como yo lo había planeado. Más adelante, esperaba reducir mi ritmo de trabajo, cuando el negocio hubiera alcanzado el desarrollo deseado, esto es, que pudiera marchar por sí solo. Entonces, intervino un tipo llamado Kerwell P. Rogers —contestó Farr.

—¿Qué te hizo?

—Me propuso un préstamo. A decir verdad, yo andaba un poco escaso de fondos y no quería recurrir a ningún banco. Me habrían aplicado un tipo de interés demasiado alto. No sé cómo lo haría, pero Rogers se enteró de mi situación y ofreció prestarme el dinero a un interés relativamente módico y a un plazo relativamente largo. Acepté y eso fue mi ruina.

—¿Por qué?

—Rogers falsificó después los documentos, otorgados ante un notario que, según me enteré más adelante, era un compinche suyo: ni era notario ni abogado ni nada que se le pareciera, aunque, desde luego, sí conocía las leyes. Resumiendo, el préstamo de veinte mil dólares, al ocho por ciento, en el plazo de un año, se convirtió en la misma suma, al veintiocho por ciento y en el plazo de un mes. Resultado final: quiebra, embargo y bancarrota total.

—Pero tú podías haber probado que los documentos eran falsificados —alegó Ada.

—¿Cómo? Ni siquiera me quedaba ya dinero para pleitear. Había invertido en el negocio todo mi capital y no tenía ni para cigarrillos. El banco, además, admitió la demanda de Rogers. Y cuando un banco hace algo por el estila, es que está convencido de la autenticidad de las alegaciones del demandante.

—El banco, supongo, sería propiedad de Rogers.

—Me enteré mucho después, cuando ya no había remedio para mis males. Tuve que ponerme a trabajar, pero me había jurado a mí mismo que un día Rogers me pagaría la jugarreta. En mis horas libres, empecé a investigar y así conseguí saber que no era el único que procedía así. He reunido un montón de nombres de personas que se hallan en situaciones más o menos parecidas a la mía. Y cada vez que doy un golpe, les devuelvo una parte del dinero que perdieron.

—Incluyendo los cien mil dólares que te llevaste de mi casa.

—Por supuesto.

—Pero mi padre no te había hecho a ti nada personalmente —exclamó Ada.

—Debo admitirlo. Sin embargo, puedo citarte un par de casos que te estremecerían de horror al pensar en las consecuencias que padecieron los perjudicados por el señor Harlimont. Aunque, como ya te dije en cierta ocasión, ninguna de las víctimas de tu padre se ha suicidado. En cambio, Rogers ha sido la causa indirecta de dos suicidios.

Ada atiesó el cuerpo.

—Un día tendrás que demostrarme que lo que dices de mi padre es cierto. En este asunto, no admito palabras; quiero hechos comprobados.

—Llegará ese día —aseguró Farr.

—Eso espero. Dime, ¿era muy importante tu negocio?

—Podía serlo, pero no eran los materiales y maquinaria lo que más vale, sino el lugar en donde estaba emplazado.

La ciudad se ha extendido en esa dirección y Rogers vendió el solar por veinte veces más de lo que le había costado. Ada dio un salto en su asiento.

—¡Cuatrocientos mil dólares! —exclamó.

—Justamente, encanto. Rogers sabía, sin duda, que el municipio iba a autorizar planes de expansión en aquella zona. Por tanto, en el breve plazo de un mes, obtuvo una ganancia de trescientos ochenta mil dólares. ¿Qué te parece?

—Indignante. Me alegro que le quitaras a Rogers casi ciento cincuenta mil dólares...

Pero la deuda no está saldada todavía, claro.

—Queda un cuarto de millón y estoy preparando el golpe.

—¿Cómo, Robin?

Farr alzó el dedo índice.

—Ah, eso es un secreto que guardo para mí solo. Ya te enterarás cuando lo haya realizado.

—No confías en mí, ¿eh?

—No es que no confíe; es que todavía no lo tengo bien estudiado y no quiero fallos prematuros. Domina tu curiosidad y podrás dormir bien por las noches. Aunque...

—¿Qué, Robin?

Estaban detenidos ante un semáforo en rojo. Farr se volvió y la miró críticamente.

—Una chica como tú no debería dormir sola —dijo.

—¡Sinvergüenza! ¿Eso es lo que piensas de mí?

—Claro que su acompañante —prosiguió Farr— debe ser lo con todas las de la ley, es decir, una boda como Dios manda.

—Ah, eso es otra cosa. Pero yo te diré algo muy interesante.

—¿Sí, encanto?

—Por ahora, no tengo la menor intención de dormir acompañada, ¿te enteras?

El semáforo se puso en verde.

—Seguiremos discutiendo en mejor ocasión. Ahora vamos a apearnos y yo he de concentrarme en la entrevista que voy a sostener con el socio del tipo a quien apuñalaron ayer, casi en mis narices —recordó Farr, a la vez que empezaba a buscar un sitio para estacionar el automóvil.

—Debiste de pasar un mal rato, ¿eh?

—Peor lo pasó el muerto —contestó él fríamente.

Alma Normand vio al joven y se levantó inmediatamente, para abrir la puerta acristalada del fondo.

—Señor Lawrence, aquí está el hombre que vuela sin alas ni aeroplanos —anunció.

Ada, que acompañaba a Farr, dio un respingo.

—¿Por qué dice eso, Robin?

—Te lo contaré en otro momento. —Y mirando a Alma—: Señora Normand, ¿cómo se siente después de lo de ayer?

—He tenido pesadillas toda la noche —contestó ella—. Pobre señor Phibbs... ¿Quién podía querer tan mal a un hombre tan bueno como él?

Farr se abstuvo de expresar la verdadera opinión que tenía sobre el difunto. Asiéndolo el brazo de la mujer, la empujó hacia el despacho donde se hallaba Hal Lawrence, el otro socio de la agencia.

Era un hombre bajito, vestido pulcramente, con lentes de cerco de oro. Al ver a Farr acompañado de una hermosa muchacha, se puso en pie.

—¿Vuelan los dos? —preguntó.

—Sólo cuando usamos aviones de líneas regulares —contestó Farr de buen humor—. Señor Lawrence, le presento a Ada Harliment.

—He oído ese apellido —manifestó Lawrence—. Pero, siéntense, por favor, y díganme en qué puedo servirles. Desde luego, no han venido a contratarse para ningún espectáculo artístico. ¿O me equivoco?

—Acierta —respondió Farr—. Señor Lawrence, ayer vine yo a hablar con su difunto socio de ciertos asuntos nada limpios que él se traía entre manos. El chantaje, y tal vez el asesinato, entre otras acciones poco agradables. Voy a decirle que no creo que usted tenga nada que ver con ello, pero sí estimaría me informase de algunas cosas que hubiera podido conocer de Phibbs. ¿Me ha comprendido?

Lawrence hizo un gesto de asentimiento.

—Le entiendo perfectamente —repuso—. Pero quiero aclararle una cosa: Phibbs se ocupaba prácticamente de los asuntos económicos de la agencia, aunque, eso sí, yo supervisaba los libros. Yo me encargo más que nada de ver actuaciones de artistas, la

mayoría de ellos en los escenarios donde trabajan. Puedo asegurarle, además, que había llegado a enterarme de ciertas cosas poco éticas de Phibbs y que estaba dispuesto a romper la asociación.

—La agencia figuraba a nombre de él —comentó Farr.

—Yo era el experto y hubiese fundado otra con mi nombre. El me contrató y a veces pienso que me tenía como tapadera. No admitiré otro socio en mi vida, créanme. Y eso sabiendo que, al menos en lo referente a los asuntos económicos de la agencia, Phibbs era absolutamente honrado.

—Le convenía para evitarse problemas —sonrió Ada.

—Sí, desde luego —convino Lawrence—. Pero mucho me temo que no voy a poder contarle sino rumores que tal vez no sean demostrables. No esperen gran cosa de mí.

—Señor Lawrence —sugirió el joven—, yo imagino que Phibbs tendría en la oficina, seguramente bien guardados, algunos documentos...

El hombrecillo hizo un gesto negativo.

—No —respondió firmemente—. He revisado todos los archivadores y no he encontrado absolutamente nada que pueda incriminarle. Lo único que puedo decirles es que todos los días venía con un portafolios de ejecutivo, que apenas lo soltaba de la mano y que lo tenía constantemente cerrado con llave... Con llaves, mejor dicho. La del maletín y la del armario en que lo guardaba mientras permanecía en la oficina.

—Era su oficina ambulante, ¿eh?

—Creo que sí, señor Farr.

El joven procuró rememorar la escena de la muerte de Phibbs. No había visto ningún maletín ni la policía lo había encontrado cuando acudió a la llamada que hizo para denunciar el crimen.

¿Se lo había llevado el asesino?

—¿Podría indicarme dónde vivía su socio, señor Lawrence? —preguntó al cabo de unos instantes.

Lawrence escribió unas palabras en un papel y se lo entregó a Farr. Éste se puso en pie.

—Mil gracias —dijo.

Al salir, miró a Alma y sonrió.

—El señor Lawrence me ha aconsejado un poco más de

entrenamiento. Entonces, podré volar sin alas —bromeó.

—Avíseme cuando lo consiga —respondió la secretaria.

* * *

—Es inútil que vayas a casa de Phibbs —advirtió Ada, una vez en la calle.

—¿Por qué? —preguntó él, mientras abría la portezuela del automóvil.

—El asesino se llevó el maletín, eso está visto, hombre.

—Es posible, aunque no probable.

—Lawrence asegura que Phibbs no lo dejaba jamás de la mano.

—Bien, supongo que eso sea cierto. Cabe la posibilidad de que tuviera duplicado de los documentos. Era un tipo astuto y, seguramente, habría previsto la eventualidad de un robo o pérdida del portafolios, ¿no te parece? Además, creo que en esa cartera sólo llevaría las fotocopias de los documentos originales.

—No comprendo por qué tendría que hacer una cosa semejante, Robin —se extrañó la joven.

—¿Qué te iban a entregar a ti: originales o fotocopias?

Ada se mordió los labios.

—Creo que tienes razón —asintió.

—Puede que me equivoque, pero estimo que es un razonamiento bastante lógico —manifestó Farr—. Desde el des pacho y por el teléfono, Phibbs haría muchas llamadas, anunciando a sus víctimas lo que debían hacer para recuperar tales o cuales documentos. ¿Cómo te lo anunciaron a ti?

—Alguien me llamó... leyó algunas líneas y me convencí de que tenía los documentos. Al día siguiente, volvió a llamarme y acepté el trato.

—Entonces lo hizo Phibbs, y si sólo iban a darte las fotocopias, parece sensato suponer que tiene los originales en alguna parte de su casa.

—Sí, es muy posible —concordó Ada—. Pero hay un inconveniente, Robin.

—¿Cuál, por favor?

—No tienes llave.

Farr soltó una risita. Ella le miró extrañada.

—¿De qué te ríes? —quiso saber.

—En mi oficio aprendí a manejar toda clase de herramientas de precisión... incluidas llaves de puertas ajenas —contestó Robin.

Ada hizo un gesto con ambas manos.

—¿Sabes que eres un tipo más bien raro?

—Eh, eh, poco a poco —protestó Farr—. Soy un hombre absolutamente normal y no padezco ciertas desviaciones... —¡Yo lo decía en otro sentido, tonto!

—Ah, siendo así... Lo que sucede es que tú te has relacionado siempre con cierta clase de gente que tiene que ver muy poco con la que yo conozco. Así, cuando me ves a mí actuando de una manera que desconocías, me llamas un tipo raro... cuando los raros sois vosotros.

—Lo dices por lo que hizo mi padre, supongo.

Farr ladeó la boca.

—Y tu ambiente y tu... Bah, no vale la pena seguir hablando del asunto. Ada, dime, ¿te asusta la posibilidad de ser acusada de violación de domicilio?

—Me encantaría ser presentada ante un tribunal y oír a un fiscal pedir doce meses de cárcel —contestó la muchacha.

—Y la sala de justicia rebosante de periodistas, cámaras de televisión y micrófonos de radio, ¿eh?

—Sería maravilloso, ¿no te parece?

Farr elevó los ojos al cielo un instante.

—Señor, Señor, ¿qué he hecho yo para merecer esta cruz? —se lamentó.

—Robar, eso es lo que has hecho.

—Sólo robo a los ladrones.

—Te tomas la justicia por tu mano y eso no es bueno. —Si no lo hago yo, no habrá castigo para esos ladrones. Tú lo sabes bien, de modo que, si no quieres seguir a mi lado, no impediré que te marches.

Ada cruzó los brazos bajo el pecho.

—Seguiré contigo hasta que recobres los documentos que me robaron. Después... nos separaremos y no nos volveremos a ver jamás. Ah, y pagaré generosamente tus servicios, ¿estamos?

—Trato hecho —respondió Farr sin inmutarse.

CAPÍTULO VII

Cuando Farr iba a abrir la puerta del apartamento de Phibbs, mediante un instrumento que resultaba completamente desconocido para la muchacha, ella notó algo que le causó cierta extrañeza.

—Eh, Robin, la puerta no está cerrada.

Farr respingó ligeramente. Guardó la herramienta en el bolsillo y empujó con suavidad.

—Ponte detrás de mí —apremió en voz baja.

Ada se estremeció. Al otro lado de la entrada reinaba un silencio sepulcral. Farr se arriesgó a asomar la cabeza, y entonces vio algo que le hizo fruncir el ceño.

—Encanto, me parece que alguien ha estado aquí antes que nosotros —murmuró.

Terminó de entrar y contempló los signos de devastación que había en el apartamento. Todo estaba absolutamente re vuelto, destrozado en una forma increíble, y era fácil ver que no había rincón que no hubiera sufrido un registro a fondo.

—¡Qué barbaridad! —se asombró Ada—. ¿Ha pasado por aquí una horda de salvajes?

En aquel momento sonaron unos ruidos en el interior. Farr se apoderó presurosamente de un jarrón que, por milagro, se había salvado de la destrucción, y corrió a situarse junto a la puerta que comunicaba con el resto de la vivienda.

Los ruidos procedían del cuarto de baño. Farr caminó lentamente hasta llegar a la entrada. Entonces vio a un hombre en mangas de camisa, que parecía estar curándose de unos golpes recibidos en la cara.

El hombre le vio a través del espejo y se volvió rápidamente.

—¡Por favor, no me pegues más...!

Farr alzó las cejas.

—Volvemos a vernos, ¿eh, Mike Barstin?

El sujeto emitió un gruñido de disgusto. Tenía abierto un pómullo, partido el labio inferior y un ojo casi completamente cerrado.

—No les esperaba aquí —manifestó.

—Seguramente, tampoco esperabas al que te ha zurrado, ¿verdad?

Barstin se tomó el labio inferior con la punta de una toalla mojada.

—Me sorprendieron —declaró.

—Ah, eran más de uno.

—Dos. Blackie Enderton y otro. Blackie fue el que me zurró. El otro me encañonaba mientras tanto con una pistola.

—Mike, tú viniste aquí buscando algo —apuntó Farr—. ¿Lo has encontrado?

—No —contestó el hampón—. No tuve tiempo.

—Seguramente buscabas los documentos originales que Phibbs guardaba en esta casa. —Debo admitirlo —repuso Barstin de mal talante—. Podía haber hecho un buen negocio, pero Enderton y el otro me lo estropearon. —¿Qué sucedió?— intervino Ada. —¿Puede contarlo?

—Bueno, yo llevaba apenas un cuarto de hora, cuando llegaron ellos. Enderton empezó a sacudirme, hasta que perdí el conocimiento. Cuando desperté, ya se habían marchado.

Eso es todo lo que sé.

—Por lo visto, tu desmayo debió de durar mucho rato.

—Lo menos un par de horas, no puedo afirmarlo con exactitud.

De pronto, Ada lanzó una exclamación:

—¡Eh, Robin, mira aquí!

Farr retrocedió unos pasos. Ella señalaba un hueco en una de las paredes, donde era fácil ver que un panel había sido arrancado de cuajo por procedimientos nada suaves.

—Si Phibbs guardaba algo, estaba aquí y ellos se lo han llevado —añadió la muchacha.

Farr asintió en silencio. Meditó unos momentos y luego se volvió hacia Barstin.

—Mike, si quieres un buen consejo, abandona este asunto antes

de que sea demasiado tarde. Han muerto ya tres tipos y todavía me extraña que sigas con vida, habiendo tenido que enfrentarte con Enderton.

—Se contentó con apalearme de mala manera —rezongó Barstin amargamente—. Puede decirse que eres un hombre afortunado. Ah, una pregunta, por favor. ¿Dónde vive Enderton?

Barstin movió la cabeza negativamente.

—Nadie lo sabe —contestó—. Su residencia es un secreto mejor guardado que las claves de disparo de los cohetes atómicos.

—Yo encontraré esa clave, descuida. ¿Vámonos, Ada?

Salieron a la calle. Ada, desmoralizada, murmuró:

—Ahora volverán a hacerme chantaje...

—Es precisamente lo que quería decirte —respondió Farr—. Tienen los documentos originales y te llamarán para hacer un trato. Simula que lo aceptas, pero me tendrás al corriente en todo momento de las incidencias del caso, ¿entendido?

—Sí, Robin.

Galante, Farr abrió la portezuela del coche para que ella pudiera sentarse. Cuando se situó a su lado, la miró sonriendo:

—¿Aceptarías una copa en el apartamento de un soltero?

—¿Por qué no? ¿Crees que no sabría defenderme si intentases abusar de mi... virtud? —Mujer de mente retorcida— la apostrofó él. —Por lo visto, no sabes pensar en otra cosa cuando estás con un hombre, ¿verdad?

Ada se sonrojó.

—Perdona. Estoy muy nerviosa y, a veces, digo cosas inconvenientes...

Farr le dio un par de palmaditas en la rodilla.

—Tranquilízate. Costará, pero todo acabará bien —aseguró.

* * *

El teléfono sonaba cuando abrió la puerta. Farr corrió hacia el aparato, lo levantó y dijo su nombre.

—¡Robin! Soy Mary Erskine —declaró una voz de mujer.

—¡Mary Erskine! —repitió él—. No conozco a nadie que se llame así, señora.

—Conque no me conoces, ¿eh? Pasas una noche entera en mi

cama y no precisamente durmiendo todo el rato, y luego tienes la desvergüenza de decir que no me conoces.

Peso poco, pero por eso mismo me llaman la Tonelada.

—Oh, Dios, es verdad... Dispensa, pero en ningún momento dijiste tu apellido... ¿Puedo servirte en algo?

—Yo soy la que te va a servir y más de lo que te imaginas, pedazo de tonto. Blackie Enderton anda buscándote. ¿No te imaginas lo que quiere hacer contigo?

Farr se puso rígido.

—Gracias, guapa —dijo con voz átona—. Me pregunto quién te lo habrá dicho...

—Nadie, pero yo aguzo el oído, sobre todo, cuando se trata de tipos resentidos, como Jerry Cowles. Bebió un par de copas de más y se sintió locuaz con un conocido suyo. Yo oí tu nombre y luego le pregunté al otro qué había dicho Jerry... así de sencillo.

—No se puede confiar en los amigos —sonrió Farr.

—¿Te refieres a mí...?

—No, mujer, claro que no. Me refería a Enderton y a Cowles. Éste ha hablado demasiado, de modo que ya ves qué buen amigo tiene el Puñalero. Vuelvo a darte las gracias otra vez, dulzura.

—Ten cuidado, Robin.

Farr colgó el teléfono. Entonces se dio cuenta de que Ada estaba en el dormitorio, escuchando por el supletorio situado junto a la cabecera de la cama.

—Conque pasaste la noche entera en compañía de esa dama de vida más o menos airada, ¿eh? —interpeló sarcástica mente—. Y, según parece, no todo el rato estuviste durmiendo...

El timbre de la puerta sonó en aquel momento. Farr giró la cabeza.

—Después hablaremos —murmuró con voz apenas audible—. Quédate donde estás.

Ada se sintió poseída por un pánico terrible. Si era el asesino, podía matar a Farr. Luego, para acallar a un posible testigo, la mataría a ella también...

Lamentó no tener un arma a mano. Pero vio una artística botella sobre una consola y se apoderó de ella, dispuesta a defenderse con todas sus energías.

El timbre sonó de nuevo.

—¡Ya va, ya va! —gritó—. Estaba en el baño...

Ada le vio cruzar la sala y abrir la puerta. En el mismo instante, una mano, armada con algo que despedía un brillo mortífero, bajó fulgurantemente hacia el pecho de Farr.

El joven se tambaleó un tanto, mientras se oía un extraño chasquido. Enderton se quedó atónito al ver que sólo tenía en la mano un puñal que carecía de hoja.

Farr no le dejó recuperarse. Alargó la mano izquierda y, tirando de sus cabellos, le hizo entrar con violencia en el apartamento.

—¡Cierra, Ada! —ordenó.

Enderton tropicaba buscando recobrar el equilibrio. Farr sacó algo de debajo de su camisa y cuando el otro se volvía, le asestó un tremendo golpe en pleno rostro.

Aquello produjo un desafinado sonido metálico. Enderton emitió un rugido y se desplomó de espaldas.

Farr se inclinó sobre él y comprobó que estaba desmayado. Luego se volvió sonriendo hacia la muchacha.

Ada no respiraba apenas y tenía una mano sobre el pecho.

—Me parece un milagro —musitó—. ¿Cómo lo has conseguido, Robin?

Farr le enseñó la bandeja de plata que había tomado de la mesita auxiliar. Con los ojos desorbitados, Ada pudo ver en el centro el ligero hoyo puntiagudo causado por el golpe del puñal.

Farr se inclinó y recogió la hoja recta, que no tenía en su parte más ancha más de dos centímetros. Medía más de quince de longitud y le habría atravesado limpiamente el corazón, de no haber tenido la precaución de usar la bandeja a modo de coraza. —Actuó rápido, para no darme tiempo a reaccionar— dijo—. Y, seguramente, lo mismo hizo con Hallis, en tu casa.

—Un tipo sanguinario —calificó Ada—. Ahora, supongo, llamarás a la policía.

Farr hizo un gesto negativo.

—Nada de eso —contestó—. Quiero hablar con él. —Parece un tipo duro. Resistirá— supuso la joven.

—Hasta los tipos más duros se ablandan... claro que no puedo interrogarle aquí. —Farr apretó los labios—. Si pudiera llevarlo a otro sitio donde no nos molestasen...

—¿Qué tal mi casa, Robin?

Farr se sorprendió al oír la respuesta.

—Hay demasiada gente —objetó, refiriéndose a la servidumbre.

—Les he dado vacaciones mientras dura la ausencia de mi padre. Sólo viene una asistente un par de horas al día y puedo decirle, incluso, que yo también estaré fuera. Dispongo de un sótano, con varios departamentos y, créeme, jamás sabrá nadie que ese peligroso criminal está allí... a menos que nos vean llevarlo.

Farr sonrió.

—Parece que te sientes interesada en oír lo que tiene que decirnos este miserable —comentó.

—Robó los documentos originales de casa de Phibbs. ¿O ya lo has olvidado?

—Tienes razón —admitió el joven—. Hemos de recobrar esos documentos, aunque quizá tardemos más de lo previsto.

—¿Por qué? ¿No vas a obligar a hablar a Enderton?

—Sí, pero, como comprenderás, no voy a aplicarle un hierro encendido en las plantas de los pies. He de hacerlo de otra manera, y la psicología tiene que ver mucho con mis proyectos.

De pronto, Ada se estremeció.

—Robin, parece que se despierta...

Farr actuó rápidamente. Antes de que Enderton se recobrase del todo, le ató muñecas y tobillos con cordones de unas cortinas. Luego le hizo sentarse en el suelo, con la espalda apoyada en el borde del asiento del diván.

—Te he pegado demasiado fuerte —confesó amistosamente—. Lo siento, pero estaba un poco furioso... Aguarda, te traeré un poco de coñac...

Enderton no acertaba todavía a coordinar sus ideas. Un minuto más tarde, Farr llegó con un vaso y se arrodilló junto al asesino.

—Bebe, te sentará muy bien —sonrió.

Ayudó a Enderton a vaciar el vaso por completo. El sujeto hizo una mueca.

—Es un coñac muy flojo —se quejó.

—Estás acostumbrado a bebidas más fuertes, eso es todo. Es un coñac de hace sesenta años y la calidad se nota, compréndelo.

Enderton escupió desdeñosamente a un lado.

—Si piensa hacerme hablar, pierde el tiempo —advirtió.

—Bueno, ya veremos... Por ahora, no te preocupes. Descansa,

relájate; te has excitado un poco al despertar y eso no te conviene en absoluto.

Farr continuó hablando durante unos minutos más, diciendo cosas que no parecían tener sentido, con gran asombro de Ada, que no comprendía las tentaciones del joven. De pronto, vio que Enderton cerraba los ojos y se inclinaba a un lado, para quedarse completamente inmóvil.

—Bueno, ya está —dijo Farr, muy satisfecho.

—Apostaría algo bueno a que le has dado...

—Cuatro tabletas de sedante, bien disueltas en agua, apenas teñida con unas gotas de coñac, para que advierta el sabor del licor y no el de la droga —explicó él—. Ahora dormirá al menos quince o dieciséis horas de un tirón, lo cual nos servirá para llegar a tu casa completamente de noche y sin que ese tipo nos cause la menor molestia.

—¿Y luego, Robin?

Farr dirigió una dura mirada al asesino.

—Luego... hablará, aunque para ello tenga que esperar una semana —contestó.

CAPÍTULO VIII

—Bueno, ya hemos terminado —indicó Farr a la mañana siguiente, cuando ya empezaba a amanecer.

Ada contempló especulativamente el cuerpo que yacía en el fondo de la estancia, completamente inmóvil, excepto por la respiración, pausada y regular.

—¿Tardará mucho en despertar? —preguntó.

—Tres o cuatro horas todavía —respondió Farr—. Aún tengo que hacer algunas cosas, pero es muy poco y, además, por fuera.

—Si te parece, iré a preparar algo de desayuno —sugirió ella.

—Excelente idea. Estoy que me muero de hambre y luego...

—¿Luego, Robin?

—Me indicarás algún sitio donde descabezar un sueñecillo.

—Te enseñaré una de las habitaciones de los huéspedes.

Farr y Ada salieron de la estancia, situada en el punto más alejado del sótano. Tenía una recia puerta de madera, que él había reforzado con otra cerradura, procedente de la puerta contigua. Además, después de salir, colocó un grueso madero apoyado por el exterior, a modo de puntal. Así se reforzaba la seguridad de la puerta, caso de que el prisionero, hombre bastante robusto, intentase abrirla a fuerza de empujones.

La estancia, cuyo techo alcanzaba holgadamente los tres metros de altura, disponía también de un pequeño hueco para aireación que por el exterior, quedaba situado a ras del suelo. Farr lo había tapado herméticamente, dejando sola mente un orificio de unos dos centímetros en lo más alto, cuya utilidad no comprendió Ada en un principio.

El joven había instalado también un pequeño altavoz, dejándolo situado en el techo. Procedía de un aparato de radio que había

traído consigo y, asimismo, había situado al lado un micrófono. Después de cerrar, fue a la cocina de la casa, donde Ada estaba preparando ya el desayuno.

Enderton despertó tras un sueño cuya duración no supo calcular y sintió la boca espesa, con bastante mal sabor. Al abrir los ojos, vio una lámpara pendiente del techo, pero tardó unos minutos en darse cuenta de que no estaba en un lugar conocido.

Cuando se hubo recuperado, pudo apreciar que se hallaba en una habitación que medía unos cinco metros de largo por cuatro de ancho, absolutamente desprovista de muebles. El suelo era de tierra apisonada y había cierta humedad. Se registró los bolsillos y los encontró absolutamente vacíos. Ni siquiera tenía el reloj de pulsera.

Gritó, llamando para que acudiera alguien, pero nadie contestó a sus desesperadas llamadas. Al fin, cansado y casi afónico, se sentó en un rincón, sin comprender muy bien lo que sucedía, aunque sí podía darse cuenta de que su situación no tenía nada de agradable.

El tiempo transcurrió con horrible lentitud. No había aberturas que dieran al exterior, por lo que no sabía si era de noche o de día.

Empezó a sentir miedo. ¿Qué iban a hacer con él?

Era algo completamente nuevo. Jamás le había sucedido nada parecido. Si hubiese tenido que enfrentarse a un hombre armado, o aunque hubieran sido varios, pensó, al menos habría tenido ocasión de hacer algo, de saber por qué estaba en aquel lugar. Pero el silencio absoluto empezó a hacer mella en su moral.

Algunas horas más tarde, cuando menos lo esperaba, oyó una voz:

—Hola, Blackie. ¿Cómo te encuentras? Puedes hablar; te oiremos perfectamente.

¿Tienes algo que decir?

Enderton estaba sentado y se levantó de un salto.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? ¿Qué pretende de mí? —gritó.

—La primera pregunta tiene respuesta: soy Robin Farr, el tipo al que quisiste apuñalar hace tres días. Me puse una coraza bajo la camisa y el cuchillo se rompió.

—Un bonito truco —rezongó Enderton.

—No te diré dónde estoy, pero sí lo que pretendo de ti: información.

—¿Cree que podrá hacerme hablar? No me conoce, amigo; soy muy duro y más de uno lo ha intentado, sin conseguir nada. Usted no será el primero, se lo aseguro.

—Como quieras, pero antes de seguir la conversación, tienes que saber una cosa: nadie conoce tu paradero y nadie te dará una miga de pan ni un sorbo de agua, hasta que te decidas a «cantar». Es inútil, además, que intentes escapar: la puerta que estás viendo ha sido convenientemente reforzada y, aunque grites, nadie escuchará tus llamadas. ¿Te das cuenta de que podrías morir de hambre y sed?

A Enderton se le pusieron los pelos punta.

—Oiga, no pretenderá hacer una cosa semejante conmigo...

—Volveremos a hablar dentro de doce horas. Ah, quizá, si saltas, puedas destrozar el altavoz y el micrófono. No lo hagas: correría el riesgo de perder tus informes, pero entonces, ya no volveríamos a vernos. Dentro de algunos años, podrían encontrar tu esqueleto mondo, y todo el mundo se preguntaría quién había sido el infeliz que había muerto aquí de hambre y de sed. Doce horas más, tenlo en cuenta, Blackie.

Farr terminó de hablar y se volvió hacia la joven.

—¿Por qué le has dicho que lleva tres días si no han pasado aún veinticuatro horas? —se extrañó Ada.

Farr le guiñó un ojo.

—Psicología —contestó—. Ha dormido profundamente, más, incluso de lo esperado. Eso le ha hecho perder la noción del tiempo, y es muy posible que crea que han pasado tres días. La sensación de hambre y sed aumentará por auto sugestión, ¿comprendes? Ada le miró fijamente.

—Eres un mal enemigo. No me gustaría tener que enfrentarme contigo —declaró.

—Gracias por el elogio. Pero si un día consigo tu amistad, tendrás el amigo más fiel y desinteresado que puedas imaginarte, capaz de cualquier cosa por ayudarte. No todo son cualidades negativas en mí, claro.

—Estoy segura de ello, Robin.

El teléfono sonó en aquel momento. Ada atendió la llamada. Debidamente instruida, contestó a su interlocutor de acuerdo con los planes del joven. Al terminar, se volvió hacia Farr.

—Tenías razón: ya me ha llamado el chantajista. He simulado

acceder, como dijiste.

—¿Cuánto pide esta vez?

Cien mil. Le he dicho que necesito cuarenta y ocho horas para reunir esa suma. Me llamaré pasado mañana, a las nueve de la noche.

Farr consultó maquinalmente su reloj de pulsera.

—Espero que, para entonces, Enderton haya cambiado de forma de pensar —dijo.

* * *

Doce horas más tarde, Enderton mantuvo su negativa.

—Mis amigos me estarán buscando. Conseguirán encontrarme y entonces no doy un centavo por vuestras vidas —replicó amenazador.

—Encontrarán un cadáver, Blackie; no dejes de tenerlo en cuenta —advirtió Farr.

—Ellos me vengarán, si estoy muerto...

—Entonces, ¿qué diablos podrán importarte las cosas de este mundo?

Farr cortó la comunicación, seguro de que sus últimas palabras harían mella en el ánimo del asesino. Luego se volvió hacia Ada.

—Tengo que salir. No sé cuándo volveré, aunque puedes estar segura de que habré regresado para la hora del próximo desayuno.

—¿No te dará ella de desayunar? —preguntó Ada burlonamente.

—Tiene un terrible defecto: es una pésima cocinera —contestó Farr con desenvoltura.

Mary Erskine le recibió con ojos brillantes.

—Me gustaría volver a ser tu anfitriona —manifestó.

—Y a mí me encantaría gozar de tu hospitalidad, pero, lamentablemente, esta noche no puede ser. ¿Has visto a Cowles?

—Tendrás que aguardar. Todavía no ha venido. Oye, ¿no te hizo nada Enderton? —¿Enderton?— repitió él, fingiendo ignorancia. —Ni si quiera le he visto. ¿Has sabido algo más de él?

Mary se acodó en el mostrador con aire intrigado.

—Es curioso. Ha desaparecido y nadie sabe dar razón de su paradero —comentó.

—¿De veras?

—Como lo oyes. Sé que le están buscando como locos...

—¿Quiénes?

Ella se encogió de hombros.

—Tipos de medio pelo. Tendrán, acaso, un número de teléfono para informar si averiguan algo, pero nada más.

—Si averiguas ese número de teléfono, no dejes de decírmelo.

—De acuerdo. Ah, mira, ahí viene Jerry.

Cowles entraba en aquel momento. Farr le saludó con un ademán, y el sujeto se acercó al mostrador, con expresión reticente.

—No tengo ganas de bronca —rezongó.

—Admiro tu espíritu conciliador —sonrió Farr—. Mary, sírvele un trago al amigo. Luego déjanos solos, por favor.

La dueña del local puso una botella y dos vasos, y luego se marchó para conversar con una mujer que estaba sentada a una mesa. Farr llenó el vaso de Cowles y volvió a sonreír.

—Jerry, tú sabes que Enderton anda buscándome. Aunque te parezca mentira, él no me preocupa tanto como el tipo que le acompañaba cuando fueron a la casa de Phibbs.

Mike Barstin estaba también allí, pero no lo conoce. ¿Sabes tú quién es?

—Sé que se llama Brook Harriman, pero eso es todo.

—¿No sabes dónde vive?

—No.

Farr suspiró.

—Es una lástima. Podrías haberte ganado quinientos «pavos»...

El cebo del dinero no hizo impresión alguna en el hampón.

—Se lo diría gratis, incluso —respondió—. Pero, insisto, no sé dónde vive.

—He oído rumores —dijo Farr—. Enderton ha desaparecido. ¿Tienes noticias suyas?

—No.

—¿Te han ordenado que lo busques?

Cowles señaló con la barbilla dos tipos que jugaban en una mesa de billar.

—Pregúntele a ellos, ¿quiere?

Farr asintió.

—Gracias, Jerry.

Calmosamente, se acercó a la mesa y lanzó dos billetes de cien

dólares sobre el paño verde. Los jugadores le miraron asombrados.

—¿Qué busca, amigo? —preguntó uno de ellos.

—Un número de teléfono. Estoy buscando a Enderton.

Los dos sujetos cambiaron una mirada. Luego, el primero dijo:

—Anote ese número, hermano.

Farr sacó una libreta y un lápiz. Al terminar de escribir, dirigió una brillante sonrisa a los jugadores.

—Tenéis pagada una botella en la barra —se despidió.

Mary estaba ya en el mostrador. Farr dejó unos billetes.

—No sabes cuánto me gustaría quedarme —aseguró.

—Y a mí también. —Mary suspiró profundamente—. Pero ¿sabes lo que pienso? A veces me digo que todo fue un espejismo, una especie de sueño, que no se repetirá...

—No desesperes. ¿Quién sabe? Tal vez vuelva otra noche, cuando menos lo esperes.

Los ojos de la mujer despidieron un profundo destello.

—Ten cuidado. Te has embarcado en un juego muy peli groso y la apuesta puede ser tu propio cuello... si te encuentra el Puñalero.

—Recordaré siempre ese consejo, preciosidad.

Robin salió a la calle y buscó una cabina telefónica. Marcó el número que le habían facilitado momentos antes, y esperó unos instantes. Al fin, oyó la voz cautelosa de un individuo:

—¿Quién llama?

—Oiga, usted quiere saber noticias de Enderton, ¿no es así?

—Todavía no me ha dicho su nombre, amigo.

—Ni se lo diré —replicó Farr—. Vamos, responda.

¿Qué sabe usted de Enderton?

—La información le costará cinco de los grandes. Ya le llamaré cuando haya tomado una decisión. No voy a decírselo, sin saber si voy a recibir el dinero.

Farr colgó y salió de la cabina. De pronto, vio que un coche se le acercaba a marcha lenta.

Una especie de presentimiento le hizo detenerse en seco un instante.

Algo brillante asomó por una de las ventanillas. Farr se zambulló de cabeza, apenas una fracción de segundo antes de que empezasen a sonar los disparos.

La calle se llenó de ruidos, gritos y alaridos de pánico. Saltaron

los cristales de una de las ventanas del local de Mary.

Cowles salía en aquellos momentos y miró con ojos estupidizados el arma que escupía humo y llamas. De pronto, se llevó las manos al estómago y empezó a doblar las rodillas. El automóvil huyó a toda velocidad, dejando la estela de un poderoso rugido de su motor. Farr se atrevió a levantar la cabeza y vio algo que le hizo apretar las mandíbulas. Cowles yacía en el suelo, boca abajo. La sangre manaba de los agujeros que las balas habían abierto en su cuerpo.

Pero estaba apenas a dos pasos de él, y ello le hizo sentirse muy pensativo.

Mary salió corriendo y se arrodilló a su lado.

—Robin, Robin —llamó, frenética—. ¿Estás bien? ¿Te han alcanzado?

Farr se incorporó lentamente.

—He tenido suerte —respondió, lacónico.

CAPÍTULO IX

—Me asalta una duda —dijo Farr dos días más tarde.

—¿Cuál, por favor? —quiso saber Ada, mientras llenaba su taza de café.

—¿Dispararon contra Cowles o murió por un error del tirador?

—¿Quieres decir que trataban de matarte a ti?

—Sí, eso mismo.

—Para matarte a ti, tenían motivos. Pero ¿qué podían alegar contra Cowles?

Farr hizo un encogimiento de hombros.

—No lo sé —respondió—. Era un hampón. Andaba mezclado en asuntos nada limpios. Tal vez se fue de la lengua. O quizá murió, como he dicho antes, porque el tirador apuntó defectuosamente.

—En todo caso, debes felicitarte. ¿No han aceptado tu petición de cinco mil dólares por revelar el paradero de Enderton?

—No. La última vez que hablé, me enviaron al diablo. Ya no quiero llamarles más.

Estaban desayunando en la cocina y, de pronto. Ada lanzó una exclamación:

—¡Viene el cartero! Voy a ver si tengo noticias de papá...

La joven salió de la casa y cruzó el jardín hasta la verja exterior. A los pocos momentos, regresó con varias cartas en las manos.

Farr esperó pacientemente. Al cabo de unos momentos, Ada volvió a sentirse asombrada.

—¡Caramba, sí que es extraño! —exclamó.

—¿Qué sucede? —preguntó Farr.

—Rogers. Me invita a una fiesta, como la anterior, también de disfraces, y en su yate privado.

—¡Cómo! —exclamó él—. ¿Es que cuando te disfrazaste de hija

de Drácula venías de su casa?

—¡Claro que sí! ¿Acaso no lo sabías?

Farr hizo un gesto negativo.

—Nunca me lo dijiste —manifestó—. ¿Piensas asistir?

Ella le miró con expresión sonriente.

—¿Qué harías tú? —consultó.

—Sí vas, ¿usarás también el mismo disfraz?

—No resultaría... interesante. Me gustaría usar otro disfraz, pero no se me ocurre ninguna idea. ¿Por qué no me ayudas, Robin?

El joven sonrió.

—Tengo una buena idea, pero para que el éxito fuera completo, necesitarías un acompañante.

Ada agitó la invitación.

—Dice que puedo llevar pareja, si lo deseo. Aceptaría tu compañía encantada, Robin. El teléfono sonó en aquel momento. Ada levantó el aparato situado en una de las paredes de la cocina.

—Ada Harlimont —dijo.

Escuchó unos momentos y luego asintió.

—Totalmente de acuerdo. Llevaré el dinero, pero exijo se me entreguen los originales. De lo contrario, no habrá trato... Está bien, completamente de acuerdo. A las once en punto, en Bailey Gardens.

Ada colgó el teléfono.

—¿Has oído, Robin?

—Sí. Pero, como tenemos tiempo, vamos a ocuparnos antes de Enderton.

—¿Crees que hablará?

Farr se puso en pie.

—Estoy seguro —respondió.

* * *

Enderton rabiaba de hambre y de sed. Quería resistir y sabía que aún podría aguantar un par de días más en aquella situación, pero se daba cuenta claramente de que sus captores eran gente dura, que no iban a tener compasión de él.

Acabaría por rendirse, admitió con amargura. Luego le asaltó una duda terrible. ¿Le matarían después de haber hablado?

De repente, oyó un ruido absolutamente inesperado.

Miró hacia el lugar de donde procedía el sonido. Un aullido de alegría brotó de sus labios al ver el chorro de líquido, de casi dos dedos de grueso, que brotaba de un orificio abierto muy cerca del techo.

La sed le hizo lanzarse hacia el agua y se situó debajo, con la boca abierta, bebiendo con avidez el líquido salvador. Pensó que sus secuestradores querían mantenerle bajo tensión. Ahora le daban un poco de agua, pero la cortarían en seguida y...

Una voz de hombre brotó del altoparlante:

—Estás saciando tu sed, ¿no es cierto, Blackie?

Enderton se volvió hacia el altavoz.

—Un hombre puede aguantar sin agua un máximo de ocho días. Con agua, puede pasar hasta tres semanas sin comer. ¿Esperarán ustedes tanto tiempo? ¿No les encontrarán antes mis amigos?

—Es posible —admitió la voz desconocida para el prisionero—. Pero, si te fijas un poco, el agua continúa manando.

Enderton volvió los ojos. El chorro de agua, que alcanzaba casi al extremo opuesto, seguía brotando con la misma fuerza que al principio. Había ya un centímetro de agua en el suelo y empezó a notarse los pies mojados.

—¿Sabes nadar, Blackie?

Enderton tragó saliva.

—Sí, un poco...

—El manantial no cesará en ningún momento. El nivel del agua ascenderá inexorablemente. Tú nadarás y podrás mantenerte a flote. Pero el agua continuará subiendo, hasta que el aire contenido en esa cámara lo impida, por pura compresión. Tú te volverás boca arriba y te mantendrás a flote, moviendo brazos y piernas suavemente para evitar hundirte. Sin embargo, llegará un momento en que agotes el oxígeno y ya no puedas respirar. Entonces, te quedarás sin fuerza, te hundirás y...

Enderton lanzó un aullido de pánico.

—¡Pare ese maldito chorro! ¡Lo diré todo!

—Estás dispuesto a hablar. ¿Blackie?

—Sí, sí, pero cierre el grifo...

—No lo haré hasta que hayas contestado a todas mis preguntas, ¿entendido?

Enderton estaba absolutamente desmoralizado. Cayó de rodillas,

sollozando como un chiquillo y, con voz entrecortada, empezó a hablar.

Un cuarto de hora más tarde, cesó el flujo de líquido. A los pocos momentos, se abrió la puerta.

El agua alcanzaba ya diez centímetros de altura y escapó con violencia por el hueco. Enderton se dispuso a saltar sobre sus secuestradores, pero se detuvo en seco al ver que le amenazaban con una pistola.

—Si te mueves, te dejo seco —amenazó Farr.

Enderton apretó los labios. No podía ver las facciones del hombre, porque Farr, precavidamente, se había fabricado una máscara que le cubría el rostro por completo, a excepción de los ojos. Ada estaba a su lado, igualmente enmascarada y vestida con ropas vulgares.

La muchacha llevaba una bandeja en las manos.

—Puedes comer, Blackie —invitó Farr—. Aquí mismo, claro.

Enderton miró la bandeja con ojos agónicos.

—¿Qué pasará después? —preguntó.

—Te soltaremos, descuida.

El asesino se arrojó sobre la bandeja como un náufrago hambriento. Para comer con más comodidad, se sentó en el suelo, sin importarle que estuviera todavía con algo de agua. En el menú figuraba un pocillo con café. Enderton lo bebió en varios tragos. Al terminar, se sintió invadido por una fuerte somnolencia.

—Maldita sea, me han engañado...

—Hemos prometido respetar tu vida y así será —aseguró Farr—. Y también te soltaremos, aunque no en un lugar donde puedas continuar tu carrera de asesino a sueldo.

Enderton lanzó una espantosa blasfemia. Quiso levantarse, pero las fuerzas ya no le respondían y cayó de costado al suelo, murmurando terribles amenazas contra sus secuestradores. Al cabo de unos minutos, se calló.

Farr se quitó la máscara y sonrió.

—¿Qué te ha parecido, muñeca?

Ada dejó su rostro al descubierto.

—Si esta noche recobro los documentos, nos separaremos para siempre —contestó.

—Ah, entonces no quieres que te acompañe a la fiesta de Rogers.

—No. Iré sola.

—Muy bien, como digas —contestó Farr, sin mostrar enojo. Ella se sorprendió de no ver reacción en el joven.

—¿No te enfadas por mi negativa? —preguntó.

—Eres muy libre de actuar según tu voluntad —repuso él tranquilamente.

* * *

Enderton despertaría en un lugar donde pudiera ser encontrado con facilidad por alguna patrulla de policía, a la que Farr avisaría anónimamente. La policía le andaba buscando con ahínco, y el sujeto ya no volvería a pisar la calle en los días de su vida.

—¿Estás dispuesta? —preguntó Farr, después de dejar a Enderton sentado ante una puerta.

Ada hizo un gesto afirmativo.

—Sí —respondió.

Farr volvió al coche. Detúvose un poco más adelante, junto a una cabina telefónica, hizo la llamada y luego volvió junto a la muchacha.

—Bien, vamos a Bailey Gardens —dijo.

Media hora más tarde llegaban a un parque situado en las afueras. Farr estacionó el automóvil en un lugar discreto. Después de apearse, clavó los ojos en el rostro de la muchacha.

—Ada, ¿conoces bien tu papel?

—No te preocupes por mí, Robin.

—Ignoro qué contienen esos documentos... He estado a punto de preguntártelo en más de una ocasión, pero, supongo, dirás que no me importa en absoluto.

Ella vaciló.

—¿Ganarás algo con saberlo?

—No, desde luego. Pero no te preocupes; no me interesan tus asuntos.

—Está bien, te lo diré. Se refieren a ciertas operaciones de mi padre. No quiero que vaya a parar a la cárcel, ¿comprendes?

—Ah, de modo que ya te has convencido de que el señor Harlimont no es un santo.

Ada se encogió de hombros.

—Me negaba a admitir la verdad, eso es todo —contestó.

—Nunca cierres los ojos a la realidad —filosofó Robin—. Resulta siempre peor, y causa más daño querer ignorar las cosas que enfrentarse con ellas, aunque puedan causarnos algún perjuicio.

—Lo tendré presente, descuida —replicó Ada rígidamente.

Farr abrió la portezuela del coche. Ella se apeó por el otro lado, sujetando contra su pecho el paquete que, supuestamente, contenía el dinero exigido por el chantajista.

—No cometas imprudencias, Robin —advirtió sorprendentemente.

El joven alzó una ceja.

—Y tú me dices eso...

—No es un mal consejo, supongo.

—Desde luego, tienes razón. Bien, haz puntualmente lo que he dicho y no te preocupes de más.

—De acuerdo.

Farr corrió silenciosamente por la espesura del parque, dando un rodeo para situarse a espaldas del chantajista, que no podía tardar ya mucho en hacer su aparición. De repente, observó un movimiento extraño.

Un hombre trataba de refugiarse detrás de un árbol de grueso tronco. Farr se le acercó con gran sigilo y, de pronto, rodeó su cuello con el brazo izquierdo, a la vez que apoyaba algo duro en el costado derecho.

—No grites si quieres seguir vivo —amenazó—. ¿Quién eres? Habla bajo o te mato.

El otro emitió una exclamación ahogada.

—Soy... Mike Barstin...

—¡Barstin! —repitió Farr, sorprendido.

Sin embargo, reaccionó muy pronto y continuó hablando:

—Ya me imaginaba yo que el viejo bastardo trataría de jugarme una mala pasada. Mike, creía que habías vuelto al buen camino.

—Me venció la tentación —respondió el otro cáusticamente.

—Y... ¿a cuánto ascendía la «tentación»?

—Dos mil.

—No está mal. ¿Tienes el dinero encima?

—Sí, claro.

—Bien, vamos a hacer un trato, Mike. Sabes que te encuentras

en mala posición. Si aprieto el gatillo, te atravesaré el hígado y el disparo no hará apenas ruido, porque se ahogará entre tu ropa y tu cuerpo. ¿Enterado?

—Por Dios, no...

—¿Qué tenías que hacer exactamente en este sitio?

—El cree que usted puede venir de improviso. Si yo le veo, tengo que silbar una canción para advertirle.

—¿Qué canción?

—Cualquiera. No acordamos ninguna especialmente.

—Muy bien, Mike. Vas a hacer una cosa, si quieres conservar el pellejo intacto y disfrutar de los dos mil dólares que te han dado. Márchate sin hacer ruido y no se te ocurra avisarle, porque iría a buscarte aunque fuese al fin del mundo para llenarte la barriga de plomo. En todo caso, si un día te preguntase algo, dile que no viste nada o la excusa que mejor te parezca, ¿estamos?

Barstin se mostró conforme con la propuesta del joven. Farr lo soltó y el hampón desapareció sin hacer ruido entre las sombras de la noche.

Al quedarse solo, Farr consultó la esfera luminosa de su reloj de pulsera.

Faltaban apenas dos minutos para la hora del encuentro de Ada con el chantajista.

—Bien, Brook Harriman, vamos a vernos las caras —murmuró a la vez que avanzaba resueltamente hacia el lugar de la cita.

CAPÍTULO X

El arma que había empleado Farr era solamente una pluma, aunque ya contaba con los efectos psicológicos de la sorpresa y la oscuridad de la noche. Esperaba conseguir lo mismo con el portador de los documentos.

Ada aguardaba en el lugar acordado, terriblemente nerviosa. Sabía que el paquete que sujetaba en las manos no contenía la suma exigida por el chantajista. Se preguntó qué sucedería si Farr no aparecía en el momento convenido. Esta vez, se dijo, el chantajista no tendría piedad de ella y...

Una sombra apareció de súbito ante sus ojos y casi lanzó un grito de susto.

—No temas, preciosa —advirtió el sujeto—. No te voy a hacer ningún daño Sólo quiero lo que tú sabes. ¿Has traído el dinero?

Ada hizo un esfuerzo y consiguió recuperar la serenidad.

—Y usted, ¿trae los documentos?

—Aquí los tengo. ¿Qué, hacemos el intercambio?

Una voz se oyó repentinamente a espaldas del hombre.

—Habrá intercambio, pero sólo en una dirección —aseguró Farr, a la vez que repetía la operación anterior, sujetando al individuo por el cuello con el brazo izquierdo y apretando con fuerza hasta casi ahogarlo—. No te muevas, bastardo; no agites una sola pestaña o eres hombre muerto.

Ada dejó escapar un suspiro de alivio. Farr sonrió en la oscuridad.

—Puedes quitarle el sobre con los documentos —indicó Farr.

Ella no se hizo repetir el consejo. Luego miró al joven.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—Ahora lo verás.

Farr aflojó un poco la presión del brazo, lo justo solamente para permitir que el otro girase en redondo. Entonces, le golpeó con el puño en la mandíbula.

—¡Qué ganas tenía de hacer una cosa así, Brook Harriman! —barbotó, mientras el hombre se desplomaba al suelo.

Harriman, sin embargo, no había perdido el sentido por completo, aunque sí se sentía sin fuerzas para realizar el menor movimiento ofensivo. Farr se inclinó para registrarle meticulosamente, despojándole de todo cuanto llevaba encima.

—Bueno, al menos, no usa pistola —comentó.

Ada esperaba a un par de pasos de distancia. Enormemente intrigada, vio que Farr hacía algo que no podía comprender. De repente, se encontró con un rollo de cuerda en las manos.

—Vamos a ver qué tal lo haces —sonrió Farr.

Agarró a Harriman por los brazos y lo apoyó contra el tronco de un árbol.

—Da una vuelta de cuerda de árbol. El resto lo haré yo.

Ada lo entendió entonces e hizo lo que le indicaba Farr. Apenas quedó sujeto Harriman al árbol, Farr completó la operación, de modo que el individuo no pudiera soltarse. Al cabo de unos momentos, Harriman volvió a la realidad. Quiso hablar, pero Farr hizo un ademán.

—Ada, el sobre —ordenó.

Ella se lo entregó. Farr, a su vez, le dio una pequeña linterna.

—Alumbra, por favor.

La luz incidió sobre los documentos. Ada aguardaba ansiosamente el veredicto del joven. Un par de minutos más tarde, Farr hizo un gesto afirmativo.

—Conforme, son los originales.

Ada tenía un bolso colgado del hombro y sacó un encendedor.

—Voy a quemarlos —exclamó impulsivamente.

—¡Aquí, no, por Dios! —protestó Farr—. ¿Quieres llamar la atención encendiendo un fuego que puede verse a una milla de distancia?

—Oh, lo siento... No había atinado en ello, Robin.

—Está bien. Vamos a ocuparnos ahora de otro asunto.

Farr recobró la linterna y la enfocó sobre el rostro del prisionero, que aparecía deformado por la rabia.

—Esta cara... —murmuró—. Me resulta conocida, aunque no recuerdo en estos momentos dónde la he visto...

—Será mejor que me suelte —advirtió Harriman arrogantemente—. Esto les va a costar muy caro...

—No te sienta bien el papel de gallito —cortó Robin—. Estás en mis manos y puedo hacerte picadillo, sin que nadie levante un dedo para defenderte.

Harriman se humedeció los labios. Las palabras de Farr habían hecho mella en su ánimo.

—De acuerdo. Dígame qué quiere y tal vez lleguemos a un acuerdo.

—Hay una duda que me acongoja desde hace muchísimo tiempo y quiero que me la resuelvas. ¿De dónde salieron estos documentos, amigo?

—No hablaré —contestó Harriman hoscamente.

De pronto, Farr chasqueó los dedos.

—Ya está —dijo—. Ken Hallis murió asesinado en tu casa, Ada, y lo hizo Enderton. Pero éste no es lo suficientemente listo como para abrir una caja fuerte sin conocer la combinación. Por tanto, tuvo que acompañarle alguien... y fue el amigo Harriman, con toda seguridad.

—¡No, no! —protestó el aludido con gran energía—. No fui yo...

—Entonces, ¿quién era?

Los labios del sujeto se contrajeron.

—No hablaré —repitió.

—Bien, tampoco importa demasiado. Está claro que Hallis fue a vaciar tu caja fuerte, Ada, y que Enderton y el otro le sorprendieron. Enderton lo apuñaló y luego... Pero ¿cómo es posible que se dejaran allí un paquete con nada menos que cien mil dólares? —Tal vez llegaste tú y tuvieron que escapar sin tener tiempo de vaciar la caja fuerte por completo— apuntó la muchacha.

—Sí, eso tuvo que ser. —Farr se volvió hacia el prisionero—. Tu cara me «suenas», pero no puedo recordar dónde te he visto antes, por más que me esfuerzo. En fin, ya lo recordaré un momento u otro. Y ahora...

—Oiga, ¿se van a marchar, dejándome aquí, atado? —preguntó Harriman.

Farr soltó una risita.

—Mañana, cuando te encuentre algún policía, diles que te asaltaron unos ladrones nocturnos, despojándote de todo cuanto llevabas encima. Es una historia perfectamente admisible —respondió.

—Gritaré...

—Eso es lo que no podrás hacer, amiguito —replicó Robin, cubriendo con un pañuelo la boca de Harriman. Ató las puntas por detrás de la cabeza y luego le dio una palmadita en el hombro—. La postura es incómoda, pero, con un poco de buena voluntad, podrás dormir —añadió.

Se volvió hacia la muchacha.

—¿Vamos, Ada?

—Cuando digas, Robin.

* * *

Ada viajaba junto a Farr, que conducía el coche, muy rígida, con el sobre de los documentos en el regazo y la vista fija al frente. Farr se dio cuenta de que ella estaba poseída por una fuerte agitación y no quiso hablar, para no interrumpir sus reflexiones.

Debía calmarse por sí misma, pensó.

Al cabo de un rato, Ada exhaló un gran suspiro y se relajó en el asiento.

—Bien, todo está ya solucionado, y gracias a ti, Robin, debo admitirlo —dijo.

—No ha tenido importancia. Podría decirse que lo que he hecho es, en cierto modo, como pago de los cien mil dólares que me llevé de tu caja fuerte.

—No te los reclamaré, puedes tenerlo por seguro.

—Aunque me los reclamases, ya no podría devolvértelos. Fueron repartidos entre los perjudicados..., pero eso ya es una historia pasada. Por cierto, ¿qué hacía semejante suma de dinero en tu caja fuerte? ¿Es que no tienes una cuenta corriente y un talonario de cheques?

—Claro que sí, pero lo dejó papá, con el encargo de que algún día vendría un amigo suyo y yo le entregaría esa cantidad, mediante una contraseña acordada previamente. Luego me cablegrafió desde el Brasil, diciendo que la clave que daba anulada.

Comprendí que no debía entregar el dinero..., pero no tuve tiempo de reingresarlo en el banco.

—Para mí fue una afortunada coincidencia —sonrió Farr—. No te olvides de quemar los documentos en cuanto llegues a casa.

—Descuida, así lo haré. Y, por supuesto, nunca olvidaré lo que has hecho por mí, Robin.

—Todo lo contrario: debes olvidarme, de modo que un día puedas pensar que haberme conocido no fue sino una especie de sueño. O un espejismo, como prefieras.

Ada ya no dijo nada más. Un cuarto de hora más tarde, Farr detuvo su coche ante la entrada de la casa de ella.

—Aquí se acaba la historia —comentó alegremente—. Buena suerte, Ada.

Ella se apeó. Durante un instante, permaneció indecisa, como si quisiera decir algo, pero, finalmente, avanzó con paso firme hacia la verja, sin volver el rostro un solo instante. Farr meneó la cabeza, pisó el acelerador y se alejó en dirección a su apartamento. Cuando llegó a casa, empezó a desvestirse.

De pronto, recordó que llevaba encima todos los objetos que había quitado a Harriman, incluida la billetera. Pero estaba cansado y decidió posponer el examen hasta el día siguiente.

* * *

Por la mañana, después del aseo, se preparó un sólido desayuno. Al terminar, extendió sobre la mesa todos los objetos que había arrebatado a Harriman, mientras se preguntaba divertidamente si habría llegado ya el policía salvador que le desatase del árbol. Había un llavero, algunas monedas, tabaco, un encendedor, un buen reloj de pulsera y un pequeño cortaplumas. En la billetera encontró casi cinco mil dólares.

—No está mal para una noche de trabajo —sonrió.

De pronto, se puso rígido. Acababa de sacar unas cuantas tarjetas de visita y en ellas, ciertamente, no figuraba el nombre de Harriman.

—Claro que le tenía visto —exclamó, a la vez que daba un fuerte puñetazo en la mesa—. ¿Cómo pude ser tan tonto para no reconocerle?

El encuentro con Harriman tuvo lugar cuatro años antes, duró relativamente poco tiempo y ya no se vieron más. Cuando estaba reflexionando acerca de lo que debía hacer, llama ron a la puerta.

Antes de abrir, escondió todo lo que tenía sobre la mesa. Luego cruzó la sala y exploró el pasillo a través de la mirilla.

Al fin abrió. Una mujer de unos cincuenta años le sonrió desde el umbral.

—Hola, Robin.

—¿Qué tal, tía Phoebe?

Phoebe Stewart entró, y él cerró la puerta.

—¿Quieres tomar un poco de café?

—No me vendrá mal, aunque no voy a estar mucho tiempo —dijo ella.

—Lo que quieras. Me traes buenas noticias, supongo.

—Sí, desde luego. Lo he conseguido, Robin.

—¡Fantástico! Eres una mujer excepcional, tía Phoebe.

—Gracias, sobrino.

Llegaron a la cocina y él vertió café en una jícara, que entregó a la visitante.

—¿Trabajas ya allí? —preguntó Farr.

—Desde hace tres días. Puedo asegurarte que se siente muy satisfecho de mis servicios.

—No sabes cuánto me alegro, tía.

Phoebe removió el azúcar de la taza y tomó un sorbo.

—Supongo que, después de esto, darás por finalizada tu tarea —sugirió.

—Sí, ya habré acabado.

—Me alegro. Estuve de acuerdo contigo cuando me contaste tus propósitos, pero me he sentido muy nerviosa en los últimos tiempos.

—Tú has sido siempre una mujer flemática, inmutable...

—Estaba nerviosa por ti, Robin. Es hora ya de que concluyas la labor. Me prometerás dejarlo cuando se haya celebrado la fiesta.

Farr levantó la mano derecha.

—¡Prometido, tía Phoebe! —contestó.

—Está bien. Entonces, ya no nos veremos hasta ese día, ¿verdad?

Farr no pudo contestar, porque alguien llamaba nueva mente a

la puerta.

CAPÍTULO XI

El joven se sintió estupefacto al ver a Ada en el umbral. Ella parecía un tanto confusa, con el bolso sujeto con ambas manos por delante del cuerpo, pero estaba fresca como una rosa y tenía un aspecto realmente encantador.

—No te esperaba —confesó él—. Creía que nos habíamos separado para siempre.

—He cambiado de modo de pensar... —De súbito, Ada lanzó una exclamación de sorpresa—: ¡Phoebe! ¿Qué hace usted aquí?

La señora Stewart volvió los ojos hacia su sobrino.

—Ya no hay motivos para ocultarle la verdad —sonrió Farr—. Ada, te presento a mi tía Phoebe, hermana de mi padre. Su esposo y mi padre están de vacaciones en las montañas, cazando y pescando... pero esto es ya algo secundario.

—Pe... pero ella era mi... mi cocinera... —balbució la joven.

—Ada, tú siempre pensaste que mi informadora era una de las dos doncellas, sólo porque eran jóvenes y bonitas. Tú misma descartaste al ama de llaves y a la cocinera, ¿lo recuerdas?

La muchacha hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces ella te... te tenía al corriente de todo...

—Así sucedió. Y tía Phoebe también tenía motivos de resentimiento contra tu padre y contra Rogers; por eso me ayudó, cuando se lo propuse.

—¿No me guardas rencor, verdad, muchacha? —sonrió la señora Stewart.

Ada suspiró.

—Ya no sé ni qué pensar... Robin, había venido para hablar contigo...

Phoebe recogió el bolso que había dejado encima de una mesa.

—Bueno, os dejo solos...

Por tercera vez, en muy poco tiempo, volvieron a llamar a la puerta. En esta ocasión, Farr se sintió muy intrigado ya que, verdaderamente, ahora no esperaba a nadie.

—Será mejor que se escondan, rápido —indicó en voz baja.

Ada y Phoebe corrieron hacia el dormitorio. Phoebe dejó la puerta entreabierta para escuchar lo que se decía en la sala.

Al abrir la puerta, Farr se llevó una enorme sorpresa. Harriman estaba allí, acompañado de un policía de uniforme. Vio al joven y lanzó un rugido de cólera.

—¡Ése es! —bramó—. Ése es el miserable que me ató al árbol, después de robarme cuanto llevaba encima...

—Perdón —dijo Farr, sin perder la serenidad—. ¿A qué se refiere ese hombre, agente?

No le he visto en mi vida y no sé qué relación puedo tener yo con un supuesto robo...

—Dispense —intervino el policía—. ¿Es usted Robin Farr?

—Así me llamo, en efecto. Pero ¿por qué me acusan de algo de lo que soy absolutamente inocente?

—Señor Farr, mi compañero de patrulla y yo hemos encontrado hace poco a este caballero, atado y amordazado a un árbol de Bailey Gardens. Al soltarle, dijo que había sido usted quien le atacó, ayer, poco antes de medianoche. ¿Querrá acompañarnos a comisaría, para aclarar este asunto?

En el dormitorio, las dos mujeres no se perdían una sola palabra de la conversación que se desarrollaba en la sala. Ada se sentía aterrada, dándose cuenta del serio problema que representaba la inesperada visita de Harriman.

Repentinamente, Ada sintió que las manos de Phoebe se movían sobre su cuerpo.

—Aprisa, desnúdate —dijo la señora Stewart—. Vamos, no pierdas un segundo o mi sobrino está perdido.

En la sala, Farr dijo:

—No tengo ningún inconveniente en acceder a su petición, agente, aunque le aseguro que ayer no salí de casa desde las siete de la tarde. Pero habrá de permitirme que me ponga en contacto con mi abogado, para que acuda a asistirme en la defensa de una absurda calumnia que sólo puede perjudicar mi buen nombre.

—Oh, sí, desde luego —contestó el policía—. Llame a su abogado; será lo mejor para todos.

—No es cierto que ayer no saliera de casa desde las siete de la tarde —chilló Harriman, con el rostro congestionado por la ira—. Le reconocí muy bien...

De repente, se oyó una voz femenina en el otro extremo de la sala.

—¿Hay café hecho, querido? —preguntó Ada con tono indolente. De súbito lanzó un chillido—. Oh, tienes visita... ¿Por qué no me has avisado?

Farr se volvió, estupefacto al ver a Ada desnuda bajo la toalla con que envolvía su esbelto cuerpo. El pelo estaba suelto y alborotado, y parecía que acabase de salir del baño.

—Robin, ¿qué hacen esos hombres aquí? —preguntó.

—Ya ves, encanto. Dicen que anoche yo atacué y robé a este caballero, lo cual no es cierto...

—¡Claro que no es verdad! —exclamó Ada, muy indignada—. Hemos pasado la noche juntos, de modo que no sé por qué tienen que acusarte de algo que tú no harías jamás, aunque te murieses de hambre.

Phoebe apareció en aquel momento, con un delantal de cocina y secándose las manos con un paño.

—Señora, el desayuno está servido —anunció solemne mente.

El policía meneó la cabeza.

—Señor Harriman, me temo que nos ha hecho perder el tiempo —dijo—. Está claro que el señor Farr no pudo ser el autor del robo. Parece que hay testigos de que no salió de su casa en toda la noche.

—¿Qué dice ese hombre? —exclamó la señora Stewart.

—Phoebe, ese hombre dice que Robin le atacó ayer, a la medianoche —manifestó Ada.

Phoebe dio un par de pasos hacia delante.

—Guardia, será mejor que lleve a ese estúpido a un psiquiatra —dijo con acento enfurecido—. ¡Calumniar así al señor Farr, el hombre más decente que existe bajo la capa del cielo!

El policía se volvió hacia su aturdido acompañante.

—Señor Harriman, lo siento, pero aquí no hay nada que hacer. La coartada del señor Farr resulta inatacable, y usted nos ahorrará trabajo y quebraderos de cabeza si se esfuerza en olvidar este

asunto.

Instante después, Harriman y el policía habían desaparecido. Farr sacó un pañuelo y se secó el abundante sudor que cubría su frente.

Phoebe lanzó una ruidosa carcajada.

—¡Les hemos engañado bien! ¿Verdad, sobrino?

Farr sonrió. Miró a Ada. La joven, aunque sonrojada, sonreía también.

—La idea fue de tu tía, Robin —indicó.

—Es una mujer estupenda. Nunca se lo agradeceré lo suficiente —contestó él.

—Incluyendo lo que hizo en mi casa, claro.

—Alguien tenía que ayudarme, ¿no te parece?

Phoebe empezó a quitarse el delantal.

—Bueno, parece ser que los dos tenéis mucho que hablar y sin testigos, así que me marchó. Nos veremos, sobrino.

—Sí, desde luego, tía Phoebe.

Al quedarse solos, Farr contempló a la muchacha, que continuaba con la misma apariencia, sujetando con una mano el borde superior de la toalla de baño.

—Y bien, has venido a verme, pero no has tenido tiempo de exponer tus motivos —dijo él—. ¿Por qué no hablas claramente de una vez, Ada?

—He estado casi toda la noche sin pegar ojo —declaró Ada.

—Sin duda, pensando en muchas cosas.

—Sí, Robin.

—Dijiste que nos separábamos para siempre. Ese «siempre» ha durado muy poco —sonrió Farr.

—Cuando me levanté, pensé que era inevitable volver a verte.

—¿I... inevitable?

Ada hizo un gesto afirmativo.

—Recuerdas la fiesta de Rogers, supongo.

—Sí, se celebra la semana próxima.

—Quiero que me acompañes... Disculpa, no debo exigir, sino rogar. ¿Querrás venir conmigo, Robin?

—Será una fiesta de disfraces, Ada.

—Desde luego.

—¿Permites que los elija yo? El tuyo y el mío, naturalmente.

—No tengo inconveniente.

—Entonces, no se hable más. Los prepararé durante esta semana y, además, haré otras cosas que... que no deseo mencionar por el momento. ¿Algo más, Ada?

La muchacha vaciló un instante. Cerró los ojos, inspiró con fuerza y luego le miró resueltamente.

—Vine también por otro motivo —anunció.

—¿Sí?

Ada sonrió. Lentamente, empezó a aflojar la presión de su mano sobre la toalla que cubría su cuerpo.

—¿No lo adivinas, Robin?

Farr se acercó a ella lentamente y le puso las manos en los hombros desnudos.

—¿Lo quieres realmente? —preguntó.

Ada no contestó, pero dejó caer la toalla al suelo.

* * *

Durante la semana siguiente, Farr se entregó a una frenética actividad. Ada y él se habían separado aquel mismo día, por la tarde, pero, desde entonces, no se habían vuelto a ver. La había llamado en más de una ocasión, sin que sus repetidas demandas telefónicas hubieran obtenido la mejor respuesta.

Farr empezó a pensar que lo ocurrido el día en que Harriman vino acompañado por un policía había sido sólo un ramalazo de pasión, una especie de arrebato por parte de ella.

Sin duda, se había ocultado en alguna parte, concluyó finalmente.

—Adelante. ¿No te has preguntado dónde he podido estar en todos estos días?

—Me siento incapaz de adivinarlo. ¿Por qué no me lo dices tú?

Ada estaba ya sentada. Vino una camarera, tomó nota de sus deseos y se fue, dejándolos solos otra vez.

—He estado en Brasil —explicó ella al fin—. He podido convencer a papá de que vuelva, para presentarse ante la justicia. Si devuelve todo lo que obtuvo con artimañas, no tendrá que ir a la cárcel. Regresará uno de estos días, Robin.

—Eres una buena hija, Ada —aprobó Parr—. Supongo que el

señor Harlimont traerá consigo el medio millón en joyas y valores negociables que «no» estaban en la caja fuerte.

—¿Sabías que se lo había llevado él? —sonrió ella.

—¿Quién, si no? Tú misma te sorprendiste al verla vacía, aunque tuviste que mentir, diciendo todo lo contrario. Pero ya sabes que yo lo vi, mientras buscabas el coche en el garaje.

La camarera trajo el primer plato para Ada. Ella tomó unas cucharadas de sopa y sonrió.

—Robin, ¿has decidido ya los disfraces de los dos? —preguntó.

—Sí, desde luego. Serán muy originales, te lo aseguro.

—Por favor, me mata la curiosidad...

El joven sonrió.

—Te lo diré después de cenar —contestó.

Los ojos de Ada despidieron un chispazo de pasión.

—Tenemos toda la noche para hablar, Robin —sugirió.

—Pero si no aparece, no podré acompañarla a la fiesta —murmuró, cuarenta y ocho horas antes del evento anunciado.

Estaba cenando en un restaurante cercano a su casa, cuando, de pronto, se le acercó un hombre conocido.

—¿Le importa que me siente, Farr? —preguntó Harriman.

—No, en absoluto, Philip Spence. Harriman se puso rígido.

—Me ha reconocido —murmuró.

—Usted es el falso abogado y notario que intervino en el préstamo hecho por Rogers, a consecuencia del cual me vi en la calle. Y todavía sigue trabajando para ese tiburón, según he podido apreciar.

—Es la vida —respondió Harriman fríamente.

—Para algunos, ha representado la muerte.

—Estorbaban.

—Yo también estorbaba, ¿no?

—Dejemos ese tema. Vengo en nombre de Rogers.

—¡Caramba! ¿Qué le pasa ahora a ese buitre?

—Pasado mañana da una fiesta de disfraces en su yate. Quiere que asista.

—¿De veras?

—No hablo en broma, Farr. ¿Irás?

—Harriman, ¿qué disfraz me aconseja usted? —preguntó el joven, sonriendo.

El sujeto se puso en pie.

—Teniendo en cuenta lo que ha estado haciendo en los últimos tiempos, el disfraz más apropiado es el de Robin de los Bosques —se despidió.

—No sería mala idea.

Durante unos minutos Farr estuvo solo. Súbitamente, notó la presencia de alguien en pie, frente a su casa.

—¿Me invitas a cenar, Robin?

Farr alzó la cabeza. Sonriendo, se puso en pie.

—¿Te retiraste a meditar sobre lo que sucedió entre nosotros el otro día?

—No —contestó Ada resueltamente—. Sucederá muchas veces más, infinidad de veces..., pero ya lo discutiremos más.

CAPÍTULO XII

Ada se sintió estupefacta cuando supo cuál era el disfraz que iba a ponerse para asistir a la fiesta de Rogers. Junto con el paquete que contenía los ropajes apropiados del disfraz, recibido al día siguiente una carta con un dibujo ilustrativo del mismo. Y, durante unos momentos, se negó a creer lo que veía, hasta que la comprensión entró en su mente y supo que la idea de Farr era inmejorable.

Al anochecer, un automóvil se detuvo frente a la entrada de su mansión. Ada salió de ella vestida con una blusa verde, que dejaba uno de sus hombros al descubierto, y una falda rasgada por algunos puntos. Una ancha cinta, con medallas de oro, rodeaba la larga peluca rojiza que formaba parte de la indumentaria. Se había puesto dos grandes aretes, el rostro había sido teñido intensamente de color tostado, y los labios estaban pintados de un rojo rabioso. Varios collares de cuentas pendían sobre su pecho y en los brazos llevaba pulseras tintineantes.

El hombre que conducía el coche se apeó al verla llegar a la verja. Ada le contempló con ojos críticos.

—Un disfraz perfecto, Robin —ponderó.

—¿Verdad que sí, preciosa? —contestó él, de buen humor.

—¡Eh, ésa no es tu voz! —se asombró ella.

—Claro que no. Es la voz de Quasimodo, el jorobado de Nuestra Señora de París, la perfecta pareja para Esmeralda, la gitana.

Ada entornó los ojos. La voz de Farr sonaba gruesa y chillona al mismo tiempo. El joven se había puesto una joroba artificial y tenía los hombros ladeados. Una horrible cicatriz cruzaba su mejilla izquierda y la boca aparecía torcida en una mueca que le daba una expresión verdaderamente horrorosa.

—Falta Frolo, el canónigo traidor —indicó Ada al cabo de unos

instantes.

—¿No eres capaz de adivinar quién desempeñará ese papel? —preguntó Farr—. Es el más apropiado para Roger... pero no perdamos tiempo... Conduce tú, por favor; yo me siento un tanto incómodo con el bulto de la espalda.

—Claro, Robin.

El yate de Rogers era relativamente pequeño, pero parecía una ascua de luz, merced a la infinidad de lámparas que se habían instalado como adorno. El propio anfitrión les recibió en la pasarela con la sonrisa en los labios.

Puesto que tanto Ada como el joven resultaban irreconocibles. Rogers tuvo que adivinar su identidad por las tarjetas que había enviado como invitación. Rogers arqueó las cejas al saber quiénes eran sus invitados.

—¿Pondrá alguien a Esmeralda en la picota y luego acudirá Quasimodo para liberarla y darle asilo en la catedral?

—Todo depende de las circunstancias —contestó Farr—. Pero confío en que va a resultar una velada inolvidable.

—De eso no me cabe la menor duda —aseguró Rogers—. Por favor, pasen; son ustedes los últimos invitados, y el yate zarpará inmediatamente para proseguir la fiesta fuera del puerto.

Cojeando, ladeado hacia la izquierda y con el brazo encogido, Farr echó a andar detrás de la muchacha. Un hombre se les acercó en aquel instante.

—Celebro saludarles de nuevo —manifestó Harriman.

—El placer es recíproco —contestó Ada.

Harriman extendió una mano.

—Por favor, pasen al salón. Tomaremos un aperitivo, en espera de que nos sirvan la cena.

Había otro hombre en el lugar indicado. Estaba sentado, con una copa en la mano, y miró a los recién llegados con ojos recelosos. Ada tuvo que dominarse para no lanzar una exclamación.

—¡Señor Lawrence!

El sujeto sonrió.

—Volvemos a encontrarnos, señorita —dijo—. Esta vez, espero, el señor Farr volará muy lejos, sin alas.

—De modo que, además de socio de Phibbs, era su cómplice.

—Pero él quería independizarse, actuar por su cuenta... Cometió

un gravísimo error —contestó Lawrence fríamente.

—Está bien, dejemos esto por el momento —propuso Harriman, a la vez que golpeaba un batintín con su macillo.

Un criado filipino entró, con la servilleta al brazo, y se inclinó respetuosamente.

—Señor...

—Sirva los aperitivos, Adolfo.

—Sí, señor.

El criado empezó a actuar rápida y diestramente. Rogers entró en aquel instante.

—La cena estará muy pronto —anunció—. He contratado una cocinera que hace verdaderos prodigios. Pronto tendrán ocasión de comprobarlo.

Ada contempló al sujeto, alto, pomposo, arrogante, pero con una expresión de dureza realmente aterradora. De súbito, se percató de un detalle.

—¿Dónde están los demás invitados? —preguntó.

Rogers sonrió con una expresión que a ella le pareció la de un demonio.

—Ustedes dos son nuestros únicos invitados —respondió.

Lawrence fumaba un cigarro con aire de indiferencia.

—Y esta cena será la última para dos condenados a muerte —agregó siniestramente.

Bajo los pies de Ada, el suelo trepidó ligeramente. El yate se ponía en movimiento. La artificialmente rugosa mano de Farr rozó la suya.

—Mantente serena —aconsejó lacónico.

* * *

La cena había terminado ya, servida con discreción y eficiencia por dos criados, uno de ellos el filipino alto, cuyas facciones le recordaban algo a la muchacha. Rogers se había mostrado locuaz y dicharachero, contando algunos chistes subidos de tono, aunque sin groserías. Farr, por el contrario, apenas si había pronunciado algunos monosílabos.

—Está usted muy callado, señor Farr —observó Rogers cuando ya les servían el helado—. ¿No tiene nada que decirme?

—¿Para qué? ¿Serviría de algo?

—Hombre, usted y yo hemos sido enemigos mucho tiempo...

—Y cree que ha conseguido vencerme.

—Está demostrado, ¿verdad?

—¿Ha puesto veneno en la cena?

—Oh, no, la cocinera no se habría prestado a una labor semejante. Tengo dispuesto otro método para deshacerme de ustedes dos.

Ada inclinó el busto hacia delante.

—¿Cómo piensa matarnos?

Rogers señaló con el índice hacia abajo.

—El yate sufrirá una explosión y se hundirá —contestó.

—Y... ¿podrá justificar nuestra muerte?

—Tengo muchos enemigos. Alguno de ellos quiso vengarse, pero tuve la suerte de salvarme. Eso es lo que declararé a las autoridades portuarias.

—¿Y la tripulación? ¿También dejará que mueran?

—No, en absoluto. La bomba está a popa y nosotros nos iremos a proa.

—Muy bien planeado —aprobó Farr, con su voz cascada—. Naturalmente, no dejará que se hunda la bolsita con un cuarto de millón en diamantes que tiene guardada en alguna parte, ¿verdad?

Rogers se sobresaltó.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó.

—He investigado mucho tiempo. Usted me hizo una faena en cierta ocasión y juré que un día me tomaría el desquite. Sé que se ocupa de toda clase de negocios sucios, incluido el chantaje y la extorsión, mediante la colaboración de sus compinches, como los aquí presentes, Harriman y Lawrence.

Y además se dedica al contrabando de piedras preciosas. ¿Me equivoco?

—Acierta —contestó Rogers ceñudamente.

—Y también se deshace de quienes cometen un error o se muestran demasiado ambiciosos. El caso Phibbs podría ser uno de los segundos. En cuanto a los otros asesinatos, eran gente que ya constituía un estorbo... Perdón, había olvidado a Hallis y Lengyll, dos competidores que creyeron podrían desbancarle algún día en el negocio del chantaje.

Farr se volvió hacia Lawrence.

—Fue usted el que iba con Enderton cuando sorprendieron a Hallis en la residencia de Harlimont, ¿verdad? Usted sabía abrir una caja fuerte sin conocer la combinación, y Enderton era el complemento ideal, debido a su habilidad con el puñal.

—Usted llegó muy oportunamente y nos impidió concluir la tarea —respondió Lawrence con hosco acento.

—Una pregunta a los tres —anunció Farr—. ¿No les preocupa el paradero de Enderton?

Harriman le miró aviesamente.

—¿Fue usted el que pidió cinco mil dólares por informar de su paradero?

—Así es, en efecto.

—¿Dónde está?

Inclinado siempre hacia la izquierda y sin abandonar por un momento su voz chirriante, Farr contestó:

—Pregunte a la policía.

—¡No puede ser! —rugió Lawrence—. Los periódicos no han dicho nada.

—Tengo noticias de que prefieren mantener el arresto en silencio, hasta que Enderton haya soltado todo lo que sabe, que no es poco, me parece.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, bruscamente, Rogers se puso en pie.

—Voy a dar unas órdenes —indicó—. Hal, Brook, vigílenlos bien.

Harriman sacó una pistola.

—Esta vez, Robin Farr, no tendrá la defensa de dos mujeres —amenazó.

El joven hizo un gesto ambiguo con las manos.

—Debo admitir mi derrota —contestó.

* * *

Rogers entró unos minutos después.

—La tripulación no sabe nada, excepto que he de entrevistarme con un hombre de negocios muy importante, para un asunto que requiere la máxima discreción. Están ya botando la motora al agua

y nos iremos inmediatamente.

Lawrence saltó en su asiento.

—¿Por qué tan precipitado? —inquirió.

—Hemos de regresar a puerto y preparar la defensa contra lo que haya podido declarar Enderton. Mi abogado me ha confirmado por radio la noticia de su arresto, y sugiere que me presente cuanto antes.

Harrison señaló a la pareja.

—¿Y ellos?

Rogers traía en las manos un rollo de cuerdas.

—Átalos y déjalos aquí mismo. La explosión se producirá justo debajo de este salón. Todos los tripulantes permanecerán a proa durante media hora. Luego estarán muy ocupados procurando salvarse.

Lawrence meneó la cabeza.

—Ojalá no cometas un error irreparable, Kerwell —observó, pesimista.

—Vamos, no seas estúpido. Ayuda a Hal.

En pocos minutos, Ada y el joven quedaron atados a sendos sillones, situados en la parte más próxima a la popa. Luego, Rogers y los otros dos desaparecieron a la carrera. Instantes después, se oyó el rugido del motor de una lancha. Entonces, un rostro moreno asomó por la puerta opuesta.

—Hola —saludó el criado filipino.

—Vamos, Robin —dijo Quasimodo—, suéltanos cuanto antes. La bomba va a estallar de un momento a otro.

Ada se sentía pasmada. El criado filipino se quitó el bigotito negro y la peluca de cabellos negros y lisos, muy brillantes.

—¡Robin! —gritó la muchacha.

Luego se volvió hacia su acompañante.

—Pero éste... ¿quién es?

—En seguida lo sabrás, Lou, no tengas miedo; la bomba no estallará aquí.

Farr se lanzó hacia la popa. La motora se hallaba todavía a unos cien metros de distancia y se había parado. En la popa, Rogers forcejeaba con el motor, a la vez que lanzaba continuas maldiciones.

—¡Eh, Rogers! —gritó el joven, haciendo bocina con las manos.

El sujeto alzó la cabeza.

—¡Farr! —aulló.

—¡Maldición, el criado filipino! —barbotó Lawrence.

—¡Déjalo, qué importa ahora! —exclamó Harriman—. La bomba explotará dentro de un minuto y él se irá al infierno con sus amigos.

Rogers vomitó un atroz juramento.

—¡No hay gasolina en el tanque!

Harriman, repentinamente muy pálido, se puso en pie.

—Kerwell, me parece que ese maldito Farr nos la ha jugado de puño —dijo.

En aquel instante, Robin encendió el proyector de popa.

—¿No se han dado cuenta de que llevan a bordo un paquetito que no debería estar ahí? —gritó.

Ada oyó la voz de Farr y comprendió lo que iba a suceder. Casi en el acto resonó un aterrador estampido.

Una fulgurante llamarada subió a lo alto, haciendo volar tres cuerpos humanos como pieles. Farr se había agachado instintivamente, pero sin dejar de contemplar la escena.

Junto con los tres individuos, unas chispitas de todos los colores destellaron en la noche.

Luego cayeron al mar y se hundieron en las profundidades del océano.

Farr meneó la cabeza.

—Adiós, un cuarto de millón en piedras preciosas —murmuró.

En la cubierta se oían voces alarmadas. Farr regresó al salón y sacó una navaja, con la que empezó a cortar las ligaduras de Ada y su acompañante.

El capitán del barco había ordenado botar una lancha para ver de socorrer a posibles supervivientes de la explosión. Mientras cortaba la cuerda, Farr dijo:

—Ada, te presento a Lou Brayle, actor de cine, especialista en doblar a los astros de la pantalla y experto en disfraces de toda clase. Naturalmente, estaba enterado de todo lo ocurrido.

—Hola, Ada —sonrió Quasimodo.

—Necesito un trago —murmuró la muchacha con voz débil.

—Ahora mismo te sirvo una copa, futura sobrina —sonrió Phoebe, irreconocible bajo su disfraz de cocinera negra.

—Esto es increíble. Todos disfrazados...

Farr se echó a reír. Brayle se puso en pie y se quitó la falsa joroba, recobrando así su auténtica estatura.

—Ha sido una experiencia emocionante —comentó—. Mucho más que la mejor película de aventuras.

—Esto no era ficción, Lou —declaró Farr gravemente.

Ada se volvió hacia el joven.

—Supongo que encontraste la bomba y la trasladaste a la lancha.

—Y, además, dejé el tanque sin gasolina.

Brayle puso una mano en el hombro de la muchacha.

—Tenía que ser así, no le des más vueltas, Ada —dijo.

—Quizá tengas problemas con la policía, Robin —apuntó ella.

—No lo creo. A estas horas, ya habrán recibido todos los documentos que encontré en casa de Lengyll y que les comprometían gravemente, además de un par de agendas con muchas notas. Enderton, por otra parte, soltará la lengua y...

El capitán del yate entró en aquel momento.

—Volvemos a puerto. No hay supervivientes —anunció.

—Buena idea, capitán —aprobó Ada.

El marino parpadeó al ver al supuesto criado con otro aspecto. Luego se encogió de hombros.

—No acabo de comprender qué pudo causar la explosión de la motora —manifestó.

—Rogers tenía muchos enemigos —apuntó Ada.

—Sí, eso debe de ser... Con su permiso...

—¿Un trago, chicos? —sugirió Phoebe.

Brayle sonrió.

—¿Por quién vamos a brindar? —consultó.

—Hombre de Dios, ¿es que no tienes ojos en la cara? —exclamó Phoebe.

—Es verdad —asintió Brayle—. Brindaremos por esta feliz pareja... ¡Que dure una eternidad, Robin, Ada!

Farr y la muchacha correspondieron a los brindis. Luego salieron a cubierta.

El yate navegaba velozmente hacia las luces que se avistaban en el horizonte. Farr pasó una mano por la cintura femenina.

—Ada, ¿cuándo vuelve tu padre?

—Pasado mañana. Está dispuesto a afrontar sus

responsabilidades.

—Me parece magnífico. Fue listo; en Brasil no hay extradiciones, pero hace bien.

—Se lo pedí yo, pensando en mi felicidad futura, Robin.

—Pasado mañana... —repitió él, pensativo—. Mañana podríamos casarnos, Ada. ¿Te parece bien?

Ella le abrazó apasionadamente.

—Me parece magnífico —exclamó—. Pero tienes que prometerme una cosa.

—Prometido —contestó Farr.

—Abandona ya el papel de bandido generoso. Vuelve a ser Robin Farr, el que fuiste siempre... aunque quizá te cueste un poco trabajar... Por cierto, todavía no sé qué hacías...

—Había montado una pequeña factoría de componentes electrónicos, con patentes propias. Esto es algo que Rogers no pudo arrebatarme.

—Yo tengo algún dinero propio. Te ayudaré, Robin. Y si hace falta, barreré el laboratorio, engrasaré las máquinas...

Farr se echó a reír y se inclinó para besarla.

—Me conformo con que desempeñes perfectamente el papel de esposa —dijo.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.